3 1761 09546673 6

LS
Q78
.Yc

Quintana Manuel José

Coronacion del eminente poeta D. Manuel José Quintana.

LS
Q78
.Yc

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

Digitized by the Internet Archive
in 2014

http://archive.org/details/coronacindelemin00madr

CORONACION

DEL EMINENTE POETA

D. MANUEL JOSÉ QUINTANA,

CELEBRADA

EN MADRID Á 25 DE MARZO DE 1855.

D. MANUEL JOSÉ QUINTANA

Poeta coronado en Madrid á 25 de Marzo de 1855.

CORONACION

DE

D. MANUEL JOSÉ QUINTANA.

LS
Q78
.Yc

CORONACION

DEL EMINENTE POETA

D. MANUEL JOSÉ QUINTANA,

CELEBRADA

EN MADRID, Á 25 DE MARZO DE 1855.

487627
15.3.49

MADRID,
IMPRESO EN LAS MÁQUINAS DE M. RIVADENEYRA,
Salon del Prado, núm. 8.
1855.

El Genio abrió su mano,
Y el lauro descendiendo omnipotente,
Al inmortal poeta
Cercó de rayos la gozosa frente.

ODA DE QUINTANA Á MELENDEZ.

*Hai d'*ALLORO *inmortal aurea corona.*

TASSO.

DATOS PARA LA HISTORIA.

La revolucion de Julio.—Renacimiento del entusiasmo.—Antecedentes del periódico *La Iberia*.—Su artículo de 14 de Setiembre de 1854.—Efecto que hace.—Los periodistas nombran una Comision que realice el proyecto de *La Iberia*.—Dos poetisas célebres.—El Duque de la Victoria.—Ingresan en la Comision D. Juan Eugenio Hartzenbusch y D. Joaquin Marracci.—La Universidad de Salamanca.—Señálase dia para la coronacion.—Modestia de Quintana.—Un gran proyecto artístico.—La Reina y el Rey.—Su empeño en costear la corona de oro.—Rasgo tiernísimo de la Reina.—La Comision conservadora del Senado.—Preparativos.—Muerte de D. Cárlos.—Luto de la Real Familia.—Aplázase la coronacion hasta el 25 de marzo.—Proposicion á la Asamblea Constituyente.

Al calor de la revolucion de Julio brotaron por do quier los pensamientos generosos; que no estaba seca por fortuna en este maltratado país la fuente del bien, aunque cegarla hubieran pretendido con teson gobiernos inmorales y corruptores. Habia en todos los pechos ansiedad de acciones nobles, sed de gloria y de poesía, en desquite de once años de vida material y muerte política: con que el dia de la revolucion será señalado en la historia como período de renacimiento.

Si tan en absoluto puede hablarse con respecto al país, ¿qué diremos de la juventud liberal, humillada y escarnecida por tanto tiempo, viendo ahogados sus nobles anhelos por la mano férrea de la tiranía, y en el porvenir solo esterilidad, solo miseria, solo rebajamiento? La revolucion fué para la juventud lo que el arca preservadora para Noé, y apresuróse á salvar en ella sus esperanzas generosas, su puro patriotismo, sus ideales aspiraciones. Fuérale dado entónces más poder, y completa hubiera sido la regeneracion del país; pero luchaba la juventud con su insignificancia, con su debilidad, y apénas vió salir de la esfera de las ideas los altos hechos que imaginaba.

No fué tan infeliz una escogida parte de la juventud literaria, que, con el Sr. Calvo Asensio por guia, consagrábase al periodismo desde pocos meses

ántes de la revolucion en el diario *La Iberia*. Ardientes y generosos (que eran poetas), habian traido al palenque de la discusion periodística una divisa noble y fecunda, que á todo lo grande los alentaba. Como lo indica su título, el pensamiento que engendró *La Iberia* fué la suspirada union de los dos pueblos que forman la península occidental; fué ese magnífico complemento de nuestra civilizacion, que imaginado en Manila en 1851 por un distinguido diplomático español, llegaba á ser en tan corto período la bandera del partido más patriótico y más nacional de los de toda la Península.

Nobleza obliga, como dice un antiguo adagio. Estos dignos precedentes obligaban de tal modo á los redactores de *La Iberia*, que desde Julio se consagraron á imaginar una empresa que honrase á España de una manera nunca vista. Cómo cumplieron su noble compromiso, consignado está en el número 76 del citado periódico, perteneciente al 14 de Setiembre de 1854.—Representábase á la sazon en el teatro de Variedades la magnífica tragedia de Quintana, que lleva por título *Pelayo*, y de aquí tomaron pié los escritores de *La Iberia* para un notabilísimo artículo, que hizo estremecerse de alegría á todos los amantes de las glorias de España.

No hay una línea en él que no esté dictada por el más puro patriotismo. Incomprensible parece á primera vista que en una época de descomposicion, época dominada, como es natural, de pasiones ruines y de bastardos pensamientos, pudiera tanto el amor al arte y á la gloria patria en escritores periodistas, que les hiciese apartar un momento su atencion de las mezquindades públicas; pero con decir que los redactores de *La Iberia* eran jóvenes y eran poetas, está dicho todo, en nuestro entender.

Hé aquí el artículo citado, que será desde hoy una de las más brillantes páginas de la historia del periodismo español:

«Y si quereis que el universo os crea
»Dignos del lauro en que ceñis la frente,
»¡Que vuestro canto enérgico y valiente
»Digno tambien del universo sea!»

Quintana.

«¿Dónde están los ingenios que en no lejanos dias embellecieron con brillantes flores el árido vergel de la política? ¿Qué se hicieron los vates inspirados, cuyos cánticos sublimes resonaban no há mucho en las regiones oficiales? ¿Cómo no lanzan hoy sus dulces armonías las arpas de oro, que cantaban ayer mismo las altas prendas de nuestros hombres de Estado?

»Hubo un tiempo en que la libertad yacia emparedada en horrendos calabozos; en que los pueblos gemian agoviados bajo el más inflexible yugo; en que insultaba impune á la infelice patria una turba de advenedizos. ¡Horas de desolacion y luto! El vil esbirro profanaba con su planta el santo hogar de la familia, la esposa era apartada sin piedad del seno del esposo, la garra del fisco arrebataba al mísero padre hasta el pan de sus tiernos hijos, una sed insaciable de oro

devoraba á los gobernantes, el hálito pestífero de la corrupcion emponzoñaba la atmósfera política, la mordaza del despotismo sellaba todos los labios, las lágrimas del dolor anegaban todos los corazones, y un frio de muerte, un silencio sepulcral reinaban en todo el ámbito de la Península. Entre tanto, la tiranía celebraba sus bacanales en el fondo de los palacios, la disolucion y el libertinaje animaban aquellos antros inmundos, y al compas de las cadenas que arrastraba á sus puertas el pueblo, entre el choque de las copas y los gritos de la orgía, alzaba su voz melodiosa la divina poesía, y arrullaba dulcemente los ocios de los tiranos. Y ¡hoy, que la deidad propicia de los pueblos, la bienhechora libertad, anuncia ya por todas partes su omnipotente influjo; hoy, que el sol de nuestra emancipacion brilla espléndido y radiante en el horizonte político, y la patria, la querida madre patria, alza por fin su frente humillada y abatida; el bardo de los libres permanece silencioso, y no brota de su alma la inspiracion ardiente, y no rompe su lira en himnos de placer ante tan grandioso espectáculo! ¡Conducta inexplicable y vergonzosa! Horrible y doloroso contraste!

»¿Será que la poesía esté destinada á engrandecer todo lo pequeño, á ensalzar todo lo miserable? ¿Será que esa emanacion del cielo, envilecida y degradada en la tierra, haya perdido ya, como el ángel caido, sus santas y eternas aspiraciones? Ó ¿que solo puedan repetir los cantos del poeta los ecos de las artesonadas techumbres de los suntuosos salones, morada de la opulencia, la usurpacion y el orgullo? Oh! léjos de nosotros tal idea: no, ¡no puede ser el ingenio tan abyecto y tan corrompido!

»Musas españolas! ¡Musas de la juventud y de la edad presente, que habeis prestado vuestros acentos para cantar tanto vicio dorado, tanta miseria con títulos! ¿no tendréis hoy un soplo siquiera de poesía para ensalzar la virtud modesta, la abnegacion generosa y humilde? Vosotras, que habeis inspirado tan bellas ideas y tan sublimes conceptos en honor de los verdugos de la patria, ¿no lanzaréis ahora un rayo de inspiracion, una chispa de ese fuego divino, para encender todas las almas en el santo amor de nuestra dignidad restaurada, del pueblo y de la libertad redimidos?

»Ah! ¡que vuestros hijos no rinden ya, cual solian, el culto debido á vuestras deidades! Ah! ¡que no agita, como en otro tiempo, sus almas vuestro espíritu creador y fecundo!

»Qué importa, sin embargo? Acaso ese desden ofensivo, ese terrible abandono, ¿nos privarán de escuchar en robustos y vibrantes sones, en ecos sublimes y profundos, el grito santo de la libertad y de la patria, que tan grato resuena en nuestros oidos? No, y mil veces no: ¡áun tiene un digno intérprete la musa de Píndaro y Herrera, áun vive entre nosotros el espíritu del gran Tirteo, áun suena, no pulsada hace tantos años, la lira del ilustre Quintana!

»Hijos de la libertad! Intrépidos soldados de la patria! ¡Héroes de la revolucion de Julio! Honrados y libres ciudadanos! Venid, venid con nosotros á la escena de *Variedades*. Allí se celebra estos dias una gran solemnidad literaria, allí se consagran entre los acentos de la poesía los grandes derechos del pueblo, allí se repiten, despues de un prolongado olvido, patrióticas inspiraciones de esa inimitable tragedia, de esa gran epopeya dramática, destinada á inmortalizar á

otro héroe de la libertad, á otro adalid de la independencia, el esforzado, el indomable *Pelayo*. No ois? no ois?

»O vencer ó morir el sol nos vea!
. . . . . .
No hay patria, Veremundo? ¿No la lleva
Todo buen español dentro en su pecho?
. . . . . .
Pero nunca el oprobio salva á un pueblo;
Nunca aquel que cobarde se degrada,
A la opresion doblando la rodilla,
Despues su frente hácia el honor levanta.
. . . . . .
Y si un pueblo insolente allá algun dia
Al carro de su triunfo atar intenta
La nacion que hoy libramos, nuestros nietos
Su independencia así fuertes defiendan,
Y la alta gloria y libertad de España
Con vuestro heróico ejemplo eternas sean.

»Ah! ¡que al escuchar estos sagrados acentos, nuestro ser se estremece de júbilo, y un magnetismo irresistible conmueve y revivifica nuestras almas! Ah! que inunda nuestros corazones un celestial bálsamo de inefable consuelo! Ah! que nuestro espíritu permanece suspenso en un éxtasis vago é indefinible! Pero vosotros, hombres del pueblo, vosotros ¿tambien os sentis arrebatados de entusiasmo? Vosotros ¿tambien os levantais involuntariamente, y prorumpis en gritos de admiracion y estallais en demostraciones de aplauso? Sí: lo vemos, lo estamos presenciando. Ese es el privilegio del genio, esas son las impresiones de la virtud, del honor, de la abnegacion, del patriotismo, de todo lo bello, de todo lo grande; y todo lo bello, todo lo grande, tienen un altar en esa obra gigantesca que se llama *Pelayo*.

»Aplaudid, castellanos, aplaudid! ¡Aspirad esas auras suaves, empapaos en ese embriagador perfume, grabad bien en vuestra memoria esas eternas é inmutables máximas! ¡Qué alma será tan recta y generosa la que las ha concebido! Qué pluma tan hábil y elocuente la que las ha expresado! ¿No es verdad que debe ser un modelo de virtud y un coloso de sabiduría el cantor de *Pelayo?* Sí, sabedlo, por fin, ciudadanos: un modelo de virtud, un coloso de sabiduría; no lo tomeis á juicio de la pasion ó á incienso de la lisonja; ni una ni otra caben, tratándose del eminente poeta, del esclarecido patricio D. Manuel José Quintana.

»Ese hombre extraordinario es el predilecto discípulo de Melendez y Cienfuegos, el constante defensor de las libertades públicas, el escritor profundo y concienzudo, consagrado desde sus más tiernos años á ilustrar las glorias de España. Él ha pasado largo tiempo sepultado en las cárceles del despotismo, él ha desenterrado del polvo de los archivos las memorias de nuestros insignes varones, él ha buscado sus inspiraciones de poeta en los grandes hechos, en las ilustres hazañas, en las más santas y religiosas verdades. Plutarco en la historia, Píndaro en la poesía, Cincinato en la vida pública, él representa por sí

solo todas las virtudes civiles, todos los talentos literarios, todas las celebridades españolas; él es, en fin, el monumento viviente de nuestras glorias nacionales.

»Y ¿dónde está ese genio divino, ese sacerdote de la gaya ciencia, ese apóstol de la fe de los pueblos?—Dónde? Ahí le teneis en el rincon de su hogar doméstico, pobre, modesto, humilde, abandonado; ahí le teneis, sin fausto, sin tesoros, sin títulos en medio de su grandeza; ahí le teneis, encanecido por la nieve de ochenta y dos años, postrado bajo el peso de la edad, pero con la frente altiva, con el corazon brioso, con la conciencia tranquila y serena. Venid, y le veréis, ciudadanos, digno en sus maneras, grave en sus palabras, noble y afectuoso en su trato; escuchando á quien le habla, respondiendo á quien le consulta, enseñando á la juventud, que se le acerca, el camino de la virtud y la sabiduría.

»Y ¿habrá de bajar al sepulcro ese majestuoso anciano sin recibir de la generacion que le contempla, atónita de admiracion y de pasmo, el premio debido á sus grandes servicios? Y ¿se extinguirá su generoso aliento sin ser testigo y partícipe del triunfo que la historia le tributará algun dia? Y ¿llevará á la otra vida ese justo el doloroso recuerdo de la ingratitud de su patria? Oh! no: vosotros no lo consentiréis, ciudadanos; vosotros no legaréis á la posteridad una tarea que solo á vosotros pertenece.

»No y mil veces no. Venid, agrupaos en torno de La Iberia; cumplamos juntos ese deber sagrado y honroso. Rompamos el sello al libro del destino, abramos sus misteriosas páginas, y leamos en ellas lo que la Providencia reserva al inmortal Quintana. Qué veis allí escrito? La apoteósis del sabio, la coronacion del poeta, los honores consagrados á los restos áun calientes del cisne de Sorrento, del generoso y tiernísimo Tasso. Oh, sí! Nosotros penetramos en este instante en el porvenir, y al traves de la densa bruma de los siglos contemplamos un pueblo entero, arrodillado ante una estatua, ciñendo con una corona de laurel las sienes de un busto de mármol.

»Pues bien, ciudadanos, ese fúnebre tributo que mañana ofrecerán nuestros hijos, quizá—dolorosa predíccion por cierto!—nosotros mismos, á la memoria de Quintana, ofrezcámosle ahora á su misma persona, y demos á la Europa y al mundo este alto ejemplo de gratitud y de justicia. Acabamos de hacer una revolucion por la libertad y la patria; y ¿qué medio más noble de consumar y legitimar esa revolucion gloriosa, que consagrar la patria y la libertad en su más antiguo y predilecto hijo? Sí, sí: ¡honra y prez y eterno renombre al excelso cantor de la *Independencia española!*

»¡Gloria al grande escritor á quien fué dado
Romper el sueño y vergonzoso olvido
En que yace sumido
El ingenio español; donde confusas,
Sin voz y sin aliento,
Se hunden y pierden las sagradas musas!

»Hijos de la revolucion! mostrémonos dignos de nuestra madre! Despojemos de sus hojas el árbol sagrado, y tejamos con sus verdes laureles una inmarce-

sible corona. Asociémonos despues á lo más ilustre, lo más notable, lo más insigne que encierran en su seno la corte, la monarquía entera; llamemos en nuestro apoyo al Gobierno, á la magistratura, á la milicia; agitemos los círculos políticos, penetremos en las escuelas, abramos las puertas de los liceos y las academias; convoquemos á esta solemne asamblea la literatura, las ciencias, la administracion, el comercio, la industria, el pueblo en masa, y ciñamos por la mano de su más digno representante, del ínclito Espartero, las sienes del ínclito Quintana. Que la espada de la libertad consagre la pluma de la libertad! Que el númen de la guerra divinice el númen de la poesía! Hé aquí nuestros votos, hé aquí nuestros sentimientos.

» Compañeros y hermanos de la prensa periódica! ¡ilustrados redactores de todos los diarios, cualesquiera que sean vuestras opiniones políticas! ¡si en vuestro pecho late, como habeis probado tantas veces, un corazon español y amante de las glorias de nuestra patria, acoged esos votos, secundad esos sentimientos, prestadnos vuestro eficaz y poderoso concurso!

» Y tú, profeta del pueblo, excelso y esclarecido Quintana, admite tambien benigno la santa ofrenda que, en nombre de la juventud que piensa y siente, se apresuran á depositar en las aras de tu grandeza los que nunca mancharon sus labios con el mezquino lenguaje de la lisonja, los humildes, pero sinceros redactores de La Iberia; y ¡ojalá que este mensaje, precursor de tu triunfo, esta voz del entusiasmo que enardece sus corazones, llegue á tí como un soplo de vida que regenere tu ancianidad venerable!

» Pedro Calvo Asensio.— Mariano Carreras y Gonzalez.—Manuel María Flamant. — Juan de la Rosa Gonzalez. —Manuel de Llano y Persi.—Juan Ruiz del Cerro.—José María de Larrea.»

Unánimes clamores de aprobacion acogieron tan entusiasta y patriótico escrito; que el alto mérito de D. Manuel José Quintana es como la luz, que no hay quien la niegue. Agolpáronse en un punto á la memoria de todos, no solamente las dotes de poeta que en el ilustre anciano concurren, sino tambien las dotes de patricio y de amante de la libertad. Los de las musas recordaban en él al cantor de la *Imprenta* y del *Escorial*, sublime como los objetos de sus cantos; recordaban en él los publicistas al Plutarco español, que ha dado nueva vida á nuestros grandes hombres, y que en sus *Cartas á Lord Holland* puso en su verdadero punto de vista la gloriosa revolucion que iniciaron nuestros abuelos; y en él, por último, veian los paladines de 1808, los vencidos de 1823 y los políticos que acabaron la guerra civil; veian, repetimos, al Tirteo de Trafalgar y de Zaragoza, al que levantó contra Napoleon las provincias de España á los sones de su lira, al infatigable diputado y periodista de Cádiz, al prócer puro y consecuente, al patriota de todas las fechas y de todos los tiempos. Recordábase su limpia conducta, su inmaculada pobreza, que habia pasado por el poder

como el oro por el crisol; su constancia, su lealtad; recordábase que, ayo y maestro de una Reina niña, habia tenido mil veces en sus manos el corazon de su discípula, y fuerzas con él de que no habia abusado nunca; recordábase la priesa con que abandonó tan alto puesto cuando un vaiven de la fortuna política puso los destinos de la patria en manos de un partido contrario al suyo; recordábase su posterior apartamiento de los negocios, la noble oscuridad á que voluntariamente se habia reducido; y qué mas? recordábase que un dia, al solo anuncio de que la libertad estaba en peligro, saltó de su lecho de enfermo, y á pesar de sus ochenta años, vistióse la toga senatorial para hundir con los *ciento cinco,* en el palacio de Doña María de Aragon, á aquel ministerio torpe que habia llevado á la patria á las puertas de la ruina y del desdoro.

Poeta tan grande, patricio tan ilustre, liberal tan probado, iba á bajar á la tumba sin que su generacion le saludase al morir, como á un sol que se pone..... pero la revolucion, con su cortejo de ideas generosas, salvó á la patria del crímen de ingratitud. El laurel que los vivos dan á la tumba, lo ceñirá Quintana ántes que pise sus umbrales. Alguna vez habian de aprender los hombres el canto del cisne, para acompañarlo en el último que entone, y dulcificar su agonía.

No hubo una voz que contra el artículo de *La Iberia* se alzase; nadie creyó excesivo el premio del Tasso para tan gran poeta; ni áun la novedad del pensamiento chocó á nadie. Demas de que está Quintana sobre los hombres y sobre los partidos, bulle ahora en la superficie de nuestra sociedad una clase de gentes que no conoce la envidia, que respeta la verdadera grandeza, y que embriagada en el triunfo de las ideas liberales, para los que de una manera tan alta las han comprendido, como Quintana, todo lauro le parece poco.

Fraternalmente unida la prensa periódica desde la revolucion, que ella acababa de provocar y consolidar, acogió el propósito de *La Iberia* con tanto entusiasmo como el público, sin que la prensa de provincias le fuera en zaga. Nunca se ha visto unanimidad semejante en los hombres de letras, en los políticos y en todo el mundo. Esto, mejor que largos panegíricos, prueba el mérito insigne del poeta y la oportunidad del pensamiento de coronarle. Verificábase por acaso en la redaccion de *Las Novedades*, el mismo dia que *La Iberia* publicó su artículo, una junta de periodistas para tratar de las cosas públicas; á ella concurrió D. Pedro Calvo Asensio, y ántes que la junta se diera por terminada, llamó la atencion de todos hácia el proyecto de *La Iberia*, suplicando á sus compañeros que le ayudasen á realizarlo. Acordáronse inmediatamente las opiniones todas en cuanto á la forma en que se habia de hacer con Quintana la muestra de gratitud nacional; y pareciendo *la coronacion pública* la más solemne, nombróse allí mismo una Comision

que allegara los medios y preparase la ceremonia, comision compuesta de los periodistas siguientes:

D. Pedro Calvo Asensio, director de *La Iberia.*
D. José Rua Figueroa, director de *La Nacion.*
D. Alejo Galilea, director de *El Tribuno.*
D. Francisco Orgaz, redactor de *El Esparterista.*
D. Alfonso García Tejero, director de *El Miliciano.*
D. Enrique Cisneros, director de *La Union Liberal.*
D. Vicente Barrantes, redactor de *Las Novedades.*

Cuando al siguiente dia se dió publicidad al nombramiento de la Comision y á alguno de los proyectos que ya tenia concebidos, subió de punto el entusiasmo, que cedia algun tanto por el temor de que sufriera tan buen proyecto la suerte de casi todos los que en España se conciben. Encabezadas las listas de suscricion con nombres y con sumas respetables, pudo la Comision empezar sus trabajos por su natural principio, que lo era indudablemente la corona de oro que habia de ceñir las sienes de Quintana. Proporcionar al arte español una ocasion de distinguirse fué pensamiento de todos, y D. José Ramirez de Arellano, director de la célebre platería de Martinez, y digno representante del gremio de Arce Villafañe, recibió el honroso encargo de construir la corona.

Entre tanto la Comision recibia á cada momento pruebas de las simpatías que su proyecto inspiraba. La Excma. Sra. D.ª Gertrudis Gomez de Avellaneda, poetisa célebre, le dirigió una carta, tan honrosa para Quintana como para los autores del proyecto, comprometiéndose á pulsar su lira en tan notable ceremonia; y la no ménos distinguida poetisa D.ª Carolina Coronado, que tiene el placer de que el primero de sus hijos haya sido llevado por el Sr. Quintana á la pila bautismal, suplicó á la Comision le permitiera añadir á la corona de oro una hoja más, con el nombre de la ahijada del poeta.

No tenian los escritores convenientemente madurado su pensamiento todavía, ni en lo tocante á la forma de la coronacion estaba nada resuelto. Los periódicos y el público les abrieron el camino, dando á la cuestion proporciones gigantescas, que eran á la verdad las suyas. Entónces pareció natural dirigirse al Gobierno. Su legítimo representante, el Duque de la Victoria, que á este título reune el de hijo predilecto del pueblo que ha cantado Quintana y el de primer paladin de las ideas que han inspirado á su musa, el Duque de la Victoria, repetimos, al ser invitado por la Comision á autorizar tan solemne ceremonia, sobrepujó, como siempre, los deseos de todos en patriotismo y en amor á las letras y á los grandes hombres.—«Con mi dinero y con mi per»sona, dijo, puede contar la Comision para todo aquello que redunde en honra »y gloria de nuestro insigne vate.»

Deseando á esta sazon los periodistas contar en su seno una reputacion literaria de las más altas, y otra política de la época y del temple del Señor

Quintana, brindaron con ingresar en la Comision á los Sres. D. Juan Eugenio Hartzenbusch y D. Martin de los Heros, bibliotecario el primero de la Nacional de Madrid, y el segundo, intendente de Palacio. Al momento el Sr. Hartzenbusch aceptó la invitacion, que nunca niega su notabilísimo talento al servicio de la literatura española; y si no hizo lo propio D. Martin de los Heros, tuvo disculpa santa y noble en la íntima amistad que con Quintana le une desde la juventud. Así lo manifestó á la Comision en una atenta carta, añadiendo que su nombre quitaria fuerza á la manifestacion nacional, que podria, por el contrario, ganar mucha si la hiciesen personas desconocidas del poeta ó punto ménos. Más adelante, necesitando los periodistas de las luces de una persona avezada á este género de fiestas, llamaron á su junta á D. Joaquin Marracci, conocido en toda España por su amor á las letras y á los grandes hombres. Este caballero es el mismo que en 1842 imaginó y dirigió la traslacion de las cenizas del poeta Calderon de la Barca desde el convento de las Calatravas á la sacramental de San Nicolás, donde hoy yacen, y el mismo que en 1846 facilitó la sepultura de Fígaro en el propio cementerio, contentándose con ponerle este modesto epitafio :

LA AMISTAD,

Á LA MEMORIA DE D. MARIANO JOSÉ DE LARRA.

La apertura de la Asamblea Constituyente, donde tuvieron asiento dos de los individuos de la Comision, paralizó un tanto sus trabajos, sobre que lo rigoroso del invierno y el mal estado de la salud del poeta alargaba juntamente el plazo á la ceremonia. No fué perdido este tiempo del todo al todo, pues lo dió para que la idea se generalizara en las provincias, y para que la histórica Universidad de Salamanca brillase con uno de esos rasgos que la inmortalizaron en tiempos mejores. Hé aquí la carta que escribió á la Comision :

«Señor Presidente de la Comision encargada de recibir los donativos para la coronacion de D. Manuel José Quintana.

Salamanca, 30 de octubre de 1854.

»Muy señor nuestro : Los profesores de la Universidad de Salamanca, deseosos de contribuir á la tan alta como merecida honra de que será objeto el ilustre y venerable D. Manuel José Quintana, remiten á V. la cantidad que consta en la adjunta letra. Aunque pequeña la ofrenda, es sin embargo la sincera expresion del ardiente entusiasmo con que ha acogido el patriótico pensamiento de la prensa periódica. El Sr. Quintana, alumno y bachiller en artes y cánones de esta antigua Universidad, y continuador, discípulo y amigo de los insignes escritores de la escuela poética salmantina, tan célebre á fines del siglo xviii y principios del xix, ha dejado gratísimos é imperecederos recuerdos en las orillas del Tórmes, y su nombre, no olvidado nunca, se repite hoy con más admiracion y respeto. Este motivo era harto poderoso para que los profesores de Salamanca se asociasen á los periodistas que han tenido la feliz idea de promover la coronacion solemne de tan eminen-

te patricio; pero no puede ser el único para los que sienten correr sangre española por sus venas. Don Manuel José Quintana, hablista distinguido, crítico juicioso y desapasionado, é historiador erudito y concienzudo, es además el gran poeta que con el acento varonil y valiente de los Píndaros y Herreras ha sabido inflamar en el amor santo de la libertad el corazon de sus compatriotas, y ha hecho servicios inmensos á la independencia de su país. La posteridad, más imparcial y ménos lisonjera con los hombres actuales que sus contemporáneos, no censurará una ovacion que, aunque inusitada, es tan justa para el que la recibe como honrosa para los que han concebido el pensamiento de realizarla.

»Tienen el honor de ofrecer á V. sus respetos SS. AA. y SS. SS., Q. B. S. M.—El Rector, *Pablo Gonzalez Huebra.*— El Decano de la facultad de filosofía, *Estéban Maria Ortiz Gallardo.* — El Decano de la facultad de jurisprudencia, *Vicente Balmaseda.* — El Director del Instituto, *Salustiano Ruiz.* — El Decano de la facultad de medicina, *Cristóbal Dámaso García.*

La esperanza del buen tiempo, la serenidad de la política, y otras razones que no son de este lugar, reanimaron á la Comision á fines de Enero. Juntóse repetidas veces, activó sus trabajos, y para partir de segura base, trató desde luego de fijar el dia de la coronacion. Sometida al poeta, como era natural, esta idea, quedó fijado resueltamente el 19 de marzo, dia de San José, siendo de inferir que influyó no poco en esta determinacion el deseo de celebrar al mismo tiempo uno de los *Santos* de D. Manuel José Quintana. Ocasion es esta de referir algunas particularidades de la entrevista. Brilló tan alta en ella la modestia del grande hombre, que no solo pidió á los escritores pusieran el menor fausto posible en la coronacion, sino que llegó hasta decir que él no tendria disculpa ante la historia por haber consentido tan singular *calaverada*, propia de la juventud de los autores del proyecto. Siempre es así el mérito verdadero.

Quedaba á la Comision poco más de un mes para todos sus preparativos, cuya importancia aumentaba á medida que en el público crecia el entusiasmo. Lo que fué pensamiento de una clase poco numerosa, como la de los periodistas, habia llegado á ser cuestion nacional.

Lo corto de ese plazo fué la causa de que no se haya podido realizar en todas sus partes un excelente proyecto que manifestó á la Comision, por medio del Sr. Hartzenbusch, el distinguido artista D. José Pescador. Tratábase de hacer una bandeja de plata, en cuyo centro campearia una especie de monumento alegórico, donde se pudiera colocar la corona de modo que descollase dignamente. Segun los diseños presentados por el Sr. Pescador, hubiera sido una obra artística de primer órden, tanto que el autor pensaba presentarla en la exposicion de Paris, para mayor honra de nuestras artes y de nuestra literatura; pero el poco tiempo que, como va dicho, faltaba para la coronacion, y lo excesivo del precio de la bandeja, — mil quinientos duros lo ménos, — hicieron que se desistiese de proyecto tan notable. Lástima por cierto fué!

En cambio la Comision á nadie se ha dirigido en vano; en nadie ha en-

contrado despego ni aun frialdad. El Sr. Duque de la Victoria, visitado por ella nuevamente, con la espontaneidad que le caracteriza, indicó que para dar al acto la importancia toda de que era digno, ninguna mano debia de ceñir á Quintana su corona sino la de S. M. Áun fué mas allá el héroe de Luchana.—«El gran poeta es amigo mio,—dijo:—es un buen patricio; es de »los últimos representantes de una generacion heróica; y cuanto yo haga por »él, me parecerá siempre poco. Si la Comision me lo permite, formaré parte »de ella para solicitar de S. M. que le corone por su mano.»

Con efecto, avisado el Sr. Duque, el juéves 2 de Marzo, de que S. M. recibiria á la Comision aquella tarde á las seis y media, á pesar de que á las ocho tenia que volver al Consejo de Ministros, al dar las seis el reloj de Palacio unióse con la Comision en las antesalas, vestido de gran uniforme. SS. MM estaban ya instruidos de todo lo que pasaba por boca del mismo Espartero, con que al punto fueron los periodistas introducidos en su gabinete. El Sr. Hartzenbusch, en nombre de la Comision, declaró el objeto que allí la conducia, pintando con sencilla elocuencia á los Augustos Esposos cuánto se honraba el país con dar á un poeta como Quintana semejante prueba de estimacion, y cuánto se honraria su reinado con registrarla en sus anales. Altamente complacida S. M. la Reina, apresuróse á responder que amaba á Quintana, no solo como á su maestro y ayo que habia sido, sino tambien como al ingenio más grande de su reino; que estaba pronta á coronarle cuando la Comision lo dispusiera, y que, como habia manifestado á Espartero de antemano, deseaba costear la corona de los fondos de su Casa.

Entonces el Sr. Hartzenbusch, á quien no cogia de nuevas esta proposicion, como á ninguno de sus compañeros, tuvo el sentimiento de responder á S. M. que la Comision no podia acceder á sus deseos humanamente, por estar comprometida con el país, por haber recibido ya fondos considerables de la suscricion abierta, y por haber dado un carácter eminentemente nacional á lo que, de esta manera, sería solo individual, solo privado. Con efecto, costeada la corona de Quintana por S. M., no era ya el país, no era ya España quien demostraba su amor y su admiracion al gran poeta, sin contar que ya estaba todo hecho, corona y gasto. La Reina quedó convencida á las primeras razones del Sr. Hartzenbusch, y como añadiese el Sr. Calvo Asensio que SS. MM. podian figurar á la cabeza de los suscritores, desde luégo aceptaron esta idea.

A este punto, el Sr. Duque de la Victoria, que habia permanecido en silencio durante la conversacion, indicó á S. M. el propósito que habian los periodistas alimentado algun tiempo de construir una bandeja de plata, ex-profeso para la corona. Escuchó la Reina atentamente al Presidente de su Consejo, y volviéndose á su Augusto Esposo, cambió con él algunas palabras de inteligencia, que daban á entender bien claro la posibilidad de que áun se fabricase la nueva alhaja. Despues de algunas observaciones sobre el ceremonial y sobre

la hora mas conveniente para la coronacion, retiróse la Comision en extremo complacida.

Al dia siguiente se recibió un oficio del Sr. Intendente de Palacio, incluyendo una libranza de 6,000 rs., y por conducto confidencial averiguóse que S. M. habia encargado la bandeja al distinguido artífice de la corona. Mas no se dió con esto por satisfecho el entusiasmo de S. M. Vamos á referir un rasgo de ternura, que llegará al corazon de los sencillos españoles.

Cuando era Quintana ayo de la princesa Isabel y de la infanta María Luisa, acostumbraba á dictarles sencillas coplas populares, que sus discípulas escribian, para ir desarrollando en ellas el amor á la literatura nacional. De estos infantiles ensayos resultó un librito de canciones, notable solamente por los rasgos del pendolista, que lo fué en la mayor parte de ellas la actual Reina de España, como lo acredita su firma autógrafa.

Fácilmente adivinarán nuestros lectores que la ortografía del borrador no es la de la Academia, ni mucho ménos, como que su fecha se remonta al año de 1842.

Pues bien, al dia siguiente de su entrevista con la Comision, llamó la Reina á D. José Güell y Renté, esposo de la infanta D.ª Josefa, y dándole el cuaderno de las canciones populares, le dijo : — «Llévaselo á Quintana para que vea cómo guardo yo sus recuerdos.» — Es un rasgo que enternece.

Volvamos á los trabajos de la Comision.

El problema más difícil que le tocaba resolver al llegar á este punto, era la eleccion del sitio, la del local donde se celebrase la ceremonia. Cuestion era esta muy debatida, tanto en el seno de la Comision como entre el público. Aquella primeramente habia pensado en el salon de grados de la Universidad, local que por sus tradiciones y su colorido se prestaba grandemente á la coronacion; pero siendo muy reducido, y careciendo de tribunas, acogia mal el público este pensamiento. Designábanse los teatros principales con insistencia; pero la Comision creyó que perderia la ceremonia no poco de su gravedad con verificarse en un teatro. No triunfa solo en D. Manuel José Quintana la poesía; triunfa tambien la historia, triunfa la instruccion pública, que tanto le debe; y triunfan en fin el patriotismo, la dignidad, la consecuencia política.

A pesar de estas razones, que son poderosas, para proporcionar á las gentes más holgura y entrada más amplia al público, estuvo la Comision tentada de elegir el teatro de Oriente, local magnífico á todas luces; pero le indicaron el del Senado, y ya no hubo duda ni podia haberla. El palacio de Doña María de Aragon es un compendio de la historia de la libertad, y por consiguiente de la historia de D. Manuel José Quintana. En aquellas sillas curules se ha sentado como procurador, se ha sentado como prócer, se ha sentado como senador. Allí lanzó al viento su último canto á la libertad, el voto de los ciento cinco, que queda mencionado anteriormente.

Las censuras que por esto ha merecido la Comision de algunos periódicos, son absolutamente infundadas. Los que propusieron la iglesia de Atocha, no tenian en cuenta el carácter de la solemnidad; y los que por contrarias razones designaban el Paseo del Prado, tampoco tenian en cuenta los indispensables accesorios que semejante ceremonia requiere. ¿Cómo leer discursos ni declamar versos en un campo abierto? cómo sacar á la intemperie al venerable poeta, minado por los achaques de la edad? ¿ni cómo, en fin, llevar á los Reyes y la Corte á una funcion que, así dispuesta, no podria ménos de tener algo de indigno ó sobradamente vulgar? El palacio de D.ª María de Aragon, pese á sus inconvenientes, que son algunos, pareció preferible siempre á todas las personas sensatas.

No tuvieron por qué arrepentirse los periodistas de su eleccion. La comision conservadora del Senado, que la componen su último presidente el Excelentísimo Sr. Marqués de Viluma y el Excmo. Sr. D. Mauricio Cárlos de Onís, no solo accedió en un todo á los deseos de la Comision, sino que adelantóse á muchos, llevando su bizarría hasta el extremo de ofrecer y dar á los convidados un elegante refresco ó buffet, cosa que ni entró nunca ni podia entrar en el pensamiento de la Comision el hacerla con sus fondos, por ser estos procedentes de un donativo sagrado, que no debe distraerse de su único objeto. Cuantas reformas han sido necesarias en el local, otras tantas se han hecho por la Comision del Senado con bondadosa diligencia, y en la sala presidencial ha estado celebrando sus juntas la de Quintana, por haberla puesto á su disposicion tambien aquellos galantes próceres.

Atenciones no ménos finas deben los escritores á la mayor parte de las Autoridades de Madrid, que se han apresurado á secundar sus patrióticos deseos. Reciban aquí este testimonio, no de nuestra gratitud solamente, sino tambien de la gratitud nacional, que en los futuros tiempos acogerá y tendrá por suyo cuanto en pro de Quintana se haya hecho.

Preparado estaba todo para la solemne ceremonia, que tenia al público doblemente anheloso por una coincidencia muy notable que luégo explicarémos, cuando el telégrafo eléctrico vino á paralizar los preparativos, anunciando la muerte de D. Cárlos de Borbon, acaecida en Trieste el 10 del mes actual. Uno de esos sentimientos que honran á la humanidad, hizo á los Reyes vestir luto por el ambicioso pariente que solo ha dado lutos á su patria, y nueve dias, cuando ménos, fué preciso aplazar la coronacion. Lamentable tardanza, que impidió al poeta gozar un dia de San José tan bello, sobre desunir dos fechas de inmensa importancia histórica y de feliz augurio para España.

El domingo 18 de Marzo debia celebrarse, como en efecto se celebró, la inauguracion de la primera via férrea de algun valer que ha atravesado nuestras campiñas vírgenes. Solo con pensar que el ferro-carril de Albacete trae al Mediterráneo casi á las puertas de Madrid, basta para conceder á este suceso

una de las mejores páginas de nuestra historia. ¿No hubiera llenado la página siguiente de una manera muy digna la coronacion de Quintana? ¿No hubieran sido dos pasos homogéneos en la senda de la verdadera civilizacion? El dia 18 de Marzo hubiéramos emprendido la reconquista del puesto que en el mundo material pertenece á la patria de Blasco de Garay, á la protectora de Cristóbal Colon; y en el mundo intelectual, en el mundo literario, hubiéramos recogido el dia 19 de Marzo algunas hojas de aquella inmarcesible corona que se nos cayó de la frente cuando murieron Cervantes y Alarcon, Rojas, Tirso y Moreto. Sí; digámoslo muy alto. Pocos países han visto lucir dos dias tan brillantes en un mismo mes.

En los que van corridos de Marzo, la suscricion abierta en las redacciones de los periódicos ha crecido de una manera sorprendente, siendo verosímil que sobren fondos á los periodistas para su obra; mas no podemos dominar á este punto un sentimiento de amargura que nos hiere profundamente, porque hiere á la patria en el corazon. Las numerosas listas de los suscritores, llénanlas por lo comun personas ajenas á las letras: políticos, comerciantes, hijos del pueblo; y si algunos de las musas se ven, son generalmente de los que figuran en las más molestas escalas literarias. En cambio, los escritores ricos, los que á su poco ó mucho talento deben posiciones envidiables, han permanecido indiferentes á esta solemnidad, que no honra solo al poeta, honra tambien al país, honra á nuestra literatura y á nuestra civilizacion. En el mismo caso se encuentran (quién lo creeria?) algunas academias, algunas corporaciones literarias, rebeldes y mas que rebeldes al digno ejemplo de la Universidad salmantina, seguido con entusiasmo por otras universidades.

De los fondos sobrantes, que al parecer no serán pocos, ha concebido la Comision el pensamiento de grabar una medalla que eternice el recuerdo del 25 de Marzo de 1855. Para este dia hubiera estado acuñada, á no ser tanto su coste, que temió la Comision faltar luégo á obligaciones más perentorias. La medalla, sin embargo, es de imprescindible necesidad, á medida que la importancia del asunto crece; que en ningun pueblo civilizado deja de eternizar la numismática sucesos tan trascendentales.

En resúmen: la coronacion del gran poeta, sin perder nada de su colorido eminentemente literario, será una fiesta muy popular, digna por todos conceptos de la historia. Tales han sido los deseos de la Comision. Quédale un solo sentimiento: que lo reducido del local, donde no caben novecientas personas, le impida ser más pródiga en el convite, dando participacion en la concurrencia á todas las categorías sociales. Téngase, para juzgarla, en cuenta, que solamente los suscritores á la corona suman la mitad de aquel número, y fuera notable falta de justicia privarlos de asistir á la fiesta que han costeado.

Para digno corolario de esta curiosa reseña, debemos tomar acta de un su-

ceso importantisimo. Los diputados D. Cipriano Montesinos, Director de obras públicas; D. Angel Fernandez de los Rios, Director de *Las Novedades;* D. Antonio Cánovas del Castillo, historiador de mérito, poeta de rica vena; D. Manuel Rancés y Villanueva, Director del *Diario Español;* D. Eduardo Chao, publicista distinguido, y D. Daniel Carballo y D. Francisco de Paula Montemar, antiguos redactores de *La Nacion*, presentaron á la Asamblea Constituyente, el dia 13, una proposicion para que se abra al Gobierno un crédito destinado á costear un gran cuadro de la coronacion de QUINTANA. ¡Dulce hermandad literaria, que no reconoce diferencias de partidos, y que arraigada en el corazon con el amor á lo bello, sobrenada siempre en el borrascoso mar de las pasiones políticas!

Se designa en los círculos del Congreso para este importantísimo trabajo al eminente artista D. Cárlos Luis de Rivera, autor de los magníficos frescos que decoran el santuario de las leyes. Ni faltan otros artistas que, solo por su gloria y la de su patria, apresten sus pinceles á reproducir un cuadro, que no tiene ni tendrá rival en nuestros Museos.

QUINTANA! gran QUINTANA!

Si pueden estas honras y otras tales
Recompensar humanos beneficios
A humanas recompensas desiguales,

como cantaba un poeta en la muerte de Garcilaso, ¿quién los merece mejor que tú, ANCIANO VENERABLE, dignísimo patriarca de las letras españolas? Tu vida es un espejo, donde debe mirarse el mundo. Con el laurel del Tasso y del Petrarca, bajarás á la tumba más honrado, pero no más grande; que el que fué un modelo de talento y virtudes no tiene que agradecer de honras tan altas sino aquella parte que deja por herencia á la tierra en que nació. El pueblo que cantaste, los hombres á quien infundiste el amor de la patria y de la libertad, merecen todavía

Su cetro de oro y su blason divino.

No, no es tan ingrata la humanidad ni tan ignorante el país que así te comprende y así te premia.

VICENTE BARRANTES.

DISCURSO

PRONUNCIADO

EN LA CORONACION DEL EMINENTE POETA

D. MANUEL JOSÉ QUINTANA,

POR D. PEDRO CALVO ASENSIO.

SEÑORA :

Seis meses hace que la imprenta periódica, ese continuo eco del pensamiento humano, hacia resonar del uno al otro extremo de la Península, en Europa, en el orbe literario, un grito, que aunque nacido de labios humildes, traducia fielmente el sentimiento impreso en todas las almas nobles, en todas las inteligencias elevadas, en el corazon del pueblo español, del pueblo de Herrera y Garcilaso. Aquel grito de entusiasmo, de gratitud, de admiracion inmensa, se hizo bien pronto un clamor unánime; pasó de aspiracion á deseo, de deseo á proyecto, y hoy es una gran empresa, que toca á su fin, que espera su realizacion inmediata.

Diputados, ministros, magistrados, literatos, magnates, artistas, varones entendidos en todos los ramos del saber humano, cuantos llenais ahora este recinto, favorecido con la presencia de nuestros reyes, mi voz es la encargada de revelaros la sublime mision que vais á cumplir en este dia.

No desdeñeis oir mis acentos por débiles y desautorizados; os hablo en nombre de la patria, en nombre del saber, en nombre de la virtud : ¿cómo, á no ser así, me atreveria yo á dirigiros mi palabra?

Yo invoco vuestra indulgencia por un instante.

¿Veis ese anciano venerable, abrumado por el peso de los años? En sus ojos, velados ya por las sombras del ocaso de la vida, brillan aún ráfagas de aquella luz que iluminó en otro tiempo á una nacion entera; sus labios trémulos murmuran todavía misteriosos sonidos; los blancos cabellos que cubren su cabeza son como la nieve sobre la cima del Vesubio. ¿Quereis ahora que os diga quién es ese hombre cuya presencia así os suspende y extasía? ¿Quereis, señores, saber el nombre de ese venerable anciano?

Preguntádselo á las letras, que le proclaman su más predilecto hijo; preguntádselo á la fama, que anuncia de region en region su grandeza; preguntádselo á los dos siglos que se disputan su vida. ¿Su nombre, decis?

Escrito está con caracteres de oro en la historia: abrid las páginas más brillantes de ese imperecedero libro, y allí le encontraréis unido á todo lo bello, á todo lo heróico, á todo lo sublime, á todo lo justo.

Mas para pronunciarle, inclinad la frente con respeto, porque ese nombre es el del gran poeta, el profundo literato, el eminente patricio D. Manuel José Quintana, patriarca de la libertad y príncipe de los escritores contemporáneos.

Ah! dad por un momento tregua á las discordias políticas; cesen en esta hora solemne las encarnizadas contiendas de los partidos, por si al salir de este recinto teneis que desgraciadamente colocaros de nuevo bajo las respectivas banderas para luchar con doble brio contra vuestros adversarios. No os hemos convocado, no, dignos funcionarios, hombres de estado, ciudadanos de todos los bandos y todas opiniones, para discutir vuestros principios, para rendir culto á vuestras doctrinas; en más elevados altares os invitamos á quemar grato incienso: el patriotismo, la virtud, la sabiduría, el genio, reclaman aquí vuestras ofrendas. Seréis bastante insensibles para negárselas? ¡No, y mil veces no! os oigo ya responder desde el fondo de vuestros corazones. Se trata de un español ilustre; su nombre no es patrimonio de ningun partido, por más que en política haya abrazado determinadas doctrinas; es una gloria nacional, pertenece á la patria, pertenece á la ciencia, pertenece á la humanidad entera.

Y esa gloria, señores, ahí la teneis personificada en el modesto anciano que nos contempla. Quintana! El gran Quintana! Al pronunciar su nombre, un santo recogimiento penetra en mi ser, y mi alma se llena de una emocion desconocida.

¿Encubre tal vez alguna divinidad esa mortal corteza, ó es por ventura Homero sentado en su vejez á la puerta de su cabaña? Cada vez que le miro, pa-

réceme que se eleva... se eleva hasta perderse su cabeza entre las nubes. Gigante de dos siglos, quién te dió el ser? En qué suelo se meció tu cuna? ¿Á qué sol se abrieron tus ojos por la vez primera?

Afortunado Madrid! De tu suelo brotaron los Lope, Calderon y Quevedo; y para que se perpetúe la grandeza del génio, hé aquí que, el poeta de nuestra era, viene á realzar los timbres adquiridos por la literatura española en los siglos XVI y XVII.

Mas no pretendas, Madrid, para tí solo la gloria del inmortal QUINTANA. Otro pueblo reclama tambien su parte en ella, y sus títulos son tan buenos como los tuyos. «Tú le has dado, dice, la vida del cuerpo; pero á mí me debe la del espíritu: yo le infundí esa ciencia, que es el asombro del universo; yo le hice beber en las fuentes de la sabiduría; yo le mostré el camino que le ha conducido á la inmortalidad.»

Y es así, señores. Volved los ojos á la antigua *Salmántica*, pasad los umbrales de aquel severo y majestuoso edificio: todavía resuena en sus abovedadas techumbres la voz inspirada de Fr. Luis de Leon; áun se distinguen allí los pasos de Zamora, Candamo, Iglesias y Melendez Valdés. —Un jóven los sigue; su temprana edad le separa todavía de ellos; pero el amor al estudio le arrastra, el genio le presta sus alas; ya se acerca, los alcanza, los deja tras sí:

«Dónde se eleva? Á su ambicioso pecho
El orbe vino estrecho,
Y al éter se encumbró: gozoso mira
Bajo de sí las nubes,
Y al campo inmenso del espacio gira.»

Ese jóven es QUINTANA. Desde la altura en que está colocado, mira cara á cara al sol, contempla el eterno movimiento de los astros, penetra todavía mas allá; y á la vista de la mansion de los justos, pulsa su lira de oro, y rompe, para cantar sus virtudes, en vibrantes y armoniosos sonidos. Padilla, Guzman el Bueno, Balmis, Gutemberg, héroes de Trafalgar, mártires de la independencia española, no temais que vuestros nombres perezcan en las tinieblas del olvido: QUINTANA los ensalza, QUINTANA los diviniza; ellos serán eternos como los cantos del poeta, inmortales como vuestras propias hazañas.— Mas qué nuevo númen le agita? Sus ojos centellean, su corazon late violento, de su pecho se escapan roncos y pavorosos gritos:

«Dadme una lanza,
Ceñidme el casco fiero y refulgente;
Volemos al combate, á la venganza.»

Así exclama Quintana, y con el estandarte nacional en la mano alienta á los bravos que pelean por su patria, inflama su valor, los arrebata en medio de los peligros, y eterniza despues su victoria. No de otro modo se condujo Tirteo en las filas de los lacedemonios; él les inspiró nuevo arrojo en sus cantos, él los hizo triunfar de los mesenios, él enseñó á Aténas y al mundo cuánto es el poder del estro divino. Más grande, sin embargo, Quintana, no consagra, como él, su genio á una causa inícua; no proclama el exterminio de un pueblo que rompe sus cadenas; no alza su voz sino para sacudir el yugo extranjero, para combatir la opresion, el despotismo y la tiranía.

La ingratitud le proscribe, proscribiendo tambien la libertad, que rescatara un trono. Qué importa?...—Ovidio besó tal vez la misma mano que le castigaba, Virgilio pudo entonar himnos en honor del César; pero la lira de Quintana,

«Lira que nunca adormeció á tiranos,»

solo produce cantos de virtud, de patriotismo, de independencia.

Vedle, si no, entre las nieblas del Támesis ocupado en el estudio, cultivando la amistad de los grandes hombres, pensando solo en los medios de restaurar la libertad perdida; y cuando la libertad le devuelve por fin á su patria, cuando él le presta nuevos y eminentes servicios,

«La España, ciega,
Le da por premio un calabozo impío,»

y los muros de la ciudadela de Pamplona le separan del mundo de los vivos.

Los dias pasan despues, y Quintana permanece encerrado en su tumba uno, dos, tres, hasta diez años. Ah! ¿Cuánto durará este terrible paréntesis de la vida? No llegará nunca la hora de la resurreccion? Sí; que ya España rasga la venda que cubria sus ojos, ya se estremece al fuego que devora sus entrañas:

«¡Ay del alcázar que al error fundaron
La estúpida ignorancia y tiranía!
El volcan reventó, y á su porfía
Los soberbios cimientos vacilaron.»

Horas más tranquilas esperan desde este momento al poeta. Su lira ha enmudecido; el tiempo y la desgracia han puesto rígidas sus cuerdas. Pero si Apolo deja ya descansar á su estro, Minerva, en cambio, le presta sus inspiraciones. Viéraisle ahora recoger con afan los más preciosos modelos de la poesía, mostrar sus reglas á la juventud en dulces y delicados versos, buscar cuidadosamente los medios de hacerle la ciencia fácil y amable.

No bastan, sin embargo, á Quintana los laureles de Herrera y de Horacio; es preciso á su noble ambicion la gloria de Plutarco y de Cornelio Nepote. Por eso registra los archivos, desempolva los manuscritos, consulta las crónicas, y traza con pluma maestra las *Vidas de los españoles célebres.*

Él ha enriquecido su inteligencia con todos los dones del saber humano; él ha adornado su alma con todos los atavíos de la virtud: ciencia, valor, integridad, patriotismo; todo lo posee, todo lo ha resumido en su vida. De ánimo fuerte, no se ha doblegado nunca á los halagos ni las persecuciones de la fortuna; de convicciones profundas, no ha abandonado jamás las saludables máximas que en su juventud aprendiera; la justicia ha sido siempre su norma, la libertad su norte, la razon su estrella y su guia. Y cuando ha visto á los hombres apartarse de la senda del bien, siquiera fuesen sus propios amigos, de sus labios severos no han salido más que censuras, sin tener una palabra de lisonja para los vencedores, un solo acento de amargura para los vencidos. Tú lo sabes bien, ilustre Holland; tú, que te honrabas con su amistad y que tanto admiraste aquella inimitable correspondencia, aquellas *cartas políticas*, obra perfecta del hombre de Estado, al par que del historiador imparcial y concienzudo. Qué falta ya á su anhelo? Qué vacío queda en el corazon de ese hombre grande y bondadoso? Qué noble esperanza no ha visto realizada?

Le falta una, inmensa, como sus aspiraciones; patriótica, como todos los actos de su vida; inhacedera ya, como todo lo maravilloso.

El pensó escribir la crónica de uno de los períodos más magníficos, más brillantes de la monarquía española: *La Historia de los Reyes Católicos.* Desde su tumba de Pamplona penetraba con su mente y su deseo los oscuros misterios de una época tan rica en acontecimientos de grandeza; privado de aire que respirar, de libros que consultar y hasta de pluma y papel donde consignar sus pensamientos, cuando la libertad le abrió las puertas de su calabozo, ya la edad y los pesares habian impreso en él las huellas de su implacable saña; despues las ideas y reformas políticas invocaron su auxilio, y le robaron el tiempo que necesitaba para dedicarlo al modesto y tranquilo gabinete del historiador. Pero, si no escribió las glorias de Isabel I, le estuvo reservado dirigir la inteligencia y el corazon de su augusta discípula D.ª Isabel II.

Oh! cuánto debe la patria á ese noble anciano! ¡Cuánto de inspiracion, de afanes, de duelo, de desventura por su causa! Y ¿habrá de ser ella ingrata con su predilecto hijo? ¿Le abandonará, dura é insensible, al borde de la tumba, permitiendo se hunda en ella pobre y olvidado, cuando le llame la Providencia?

Ah! Yo bien sé que para ese terrible trance guarda la posteridad sus mármoles y sus bronces; yo bien sé que los restos del poeta no serán dispersados al viento ó arrojados sobre la tierra, á merced del arado que desgarra inclemente su seno. No: pasó por dicha la edad que labraba un oscuro sepulcro á Calderon y á Cervantes; y si el siglo XIX ha sabido reparar tanta injusticia, levantando monumentos á la memoria de aquellos dos colosos, con mayor razon sabrá conservar la del que más inmediatamente ha influido en sus destinos. Triste privilegio del genio, Señores! Homero electriza un dia la Grecia con sus cantos; y la Grecia, por toda recompensa, le deja recorrer sus caminos ciego y miserable, y le ve morir del mismo modo sobre el lecho de heno, desde el cual le lega su gloria. Dónde yacen ahora las cenizas del poeta? Las generaciones que se han sucedido las han hollado mil veces con su planta; pero ninguna se ha acordado de recoger aquellas preciosas reliquias, y hoy solo quedan del divino Homero su nombre y sus obras. Triste privilegio del genio! Sócrates sirve á su patria con su palabra y con su acero; Aténas recibe de él gloria, ejemplos, lecciones; y en premio de tantos beneficios, pone en su mano la copa envenenada de la cicuta. Páginas malditas de la historia! En ellas veo á Ovidio, muriendo en el Ponto Euxino de desesperacion y de angustia; ellas me muestran la cabeza ensangrentada del orador romano, llevada en triunfo por las calles de aquel mismo pueblo que tantas veces habia salvado de la anarquía.

Pero no seamos injustos con la antigüedad. si hay en sus anales muchos hechos que la deshonran, tambien hay otros que en cierto modo compensan sus crímenes y sus errores.

Recorred los tiempos remotos, y veréis á Hesiodo, el hijo de las musas, como le llamaban sus contemporáneos, recibir la trípode de oro que conquistara en las lides poéticas instituidas por Anfidámas. Seguid despues el curso de los siglos, y encontraréis muchos vates afortunados, cuya frente se ve ceñida con los laureles del Eurótas.

Detened un momento vuestra vista, y mirad aquella ceremonia que se celebra en el Capitolio, en la escena triunfal de la antigua Roma. Es un dia solemne para el orbe católico, que tiene allí su capital y su centro. Roberto de Nápoles preside una ilustre asamblea; Petrarca, el tierno Petrarca, el amante apasionado de Laura, el cantor del amor sin ventura, sostiene por espacio de tres dias, en presencia del Monarca, el certámen que se le propone, y al cabo de ellos, sus sienes se ven adornadas con una corona de laurel, que le ciñe el Conde de Aguillara. Para colmo de honor, Petrarca es conducido despues á la iglesia

de San Pedro, suspende su corona en la bóveda del templo y recibe solemnemente el título de poeta. Pero aguardad un instante : ¿quién es aquél que entra por las puertas de Roma en medio de las aclamaciones del pueblo? El cardenal Cinthio le recibe en sus brazos, le lleva al Vaticano, le presenta al Papa, conmovido de alegría.

Oid, oid las palabras que pronuncia Clemente VIII.

«Yo os ofrezco el laurel, dice al extranjero, para que reciba de vos tanto honor como él ha dado á vuestros predecesores.»

Y así será sin duda, porque aquel desconocido es Torcuato Tasso, el infeliz Tasso, el autor de la *Jerusalen*, para quien se acaban de abrir las puertas de un hospital, adonde le arrastraran su amor y su desgracia.

Así será sin duda, porque tal es la voluntal de un pontífice ilustre, porque tal es el deseo de un pueblo idólatra de las artes, porque nadie mejor que el Cisne de Sorrento ha merecido la ovacion que se le prepara. Pero ay! que sobre los designios humanos está la estrella que los preside, y esa estrella ha sido siempre funesta para el sensible amante de Eleonora. Los dias pasan; el digno Mecénas aguarda la estacion de la primavera; quiere que el sol alumbre radiante, y sin nubes que velen sus rayos, la apoteósis del poeta; quiere que las flores alfombren la carrera de su triunfo : el sol, sin embargo, no alumbrará más que su agonía, ni las flores alfombrarán otro camino que el de su tumba.

El Tasso ha muerto; qué obsequios pueden ya hacerse en honor suyo? Los mismos que debieron tributársele en vida. Se ciñe de laurel su frente, se reviste su cadáver de la toga romana; atraviesa de este modo las calles de la ciudad santa; y recogiendo por todas partes lágrimas y suspiros, en vez de aplausos y vítores, es sepultado en la iglesia de San Onofre. Allí descansa en paz el dulcísimo cantor de Aminta.

Así se premiaba en otro tiempo al poeta : eso se hacia para honrar la inspiracion y el genio en la antigua Grecia, en la Alemania, en la Roma de la edad media, y tambien en la Francia en época no muy lejana.

Y ¿habrá de ser ménos la España de nuestros dias, la España del siglo XIX, la que acaba de hacer una revolucion esencialmente justa y moralizadora?

¿Dónde estaria la moralidad de esa revolucion, si desterrando las culpas, no reconociese al mismo tiempo los méritos? ¿Dónde estaria su justicia, si castigando los vicios, no recompensase tambien las virtudes? Y ¿qué modelo de virtud y de merecimiento podria elegirse mejor que ese venerable anciano?

Petrarca fué coronado en vida, y era un poeta; un gran poeta, á la verdad, pero nada más que un poeta. Poeta tambien, y grande, es D. Manuel José

Quintana; pero reune además otros títulos; y si la poesía le debe mucho, no menos le deben la historia, la crítica, la educacion, el Estado.

¿No será Quintana acreedor á la misma distincion que el Petrarca? Responded vosotros por mí, héroes á quienes él ha inmortalizado en sus cantos; y vosotras tambien, divinidades del Olimpo, que tan dulces himnos habeis arrancado á su lira.

Honor, libertad, patriotismo, independencia, pronunciad en este solemne proceso; Padilla, Guzman el Bueno, Balmis, Gutemberg, levantáos de vuestras tumbas para dar aquí vuestro fallo. Mas no : guardad el eterno y bienaventurado reposo; los votos de la ciencia, de la humanidad, de la virtud serán escuchados.

La patria prepara ya el triunfo del poeta, y para mayor esplendor, para que ese triunfo sea mas grande y más honroso, el jefe de la nacion, con una espontaneidad y una ternura superiores á todo elogio, á vista de su corte, ante la representacion de todo lo notable que encierra este país, se apresura á colocar por su mano en las sienes del afortunado Vate la corona de laurel, que le dedica la patria agradecida.

¡Feliz tú, Quintana, que recibes el lauro nacional de manos de una dama y de una reina!

Sirva este premio de noble estímulo al genio y á la virtud, y sea el venturoso reinado de Isabel II el destinado á borrar las huellas de ingrata indiferencia con que España correspondió en otro tiempo á sus más ilustres hijos.

Pedro Calvo Asensio.

ODA

EN CELEBRIDAD DE LA CORONACION DEL GRAN POETA

D. MANUEL JOSÉ QUINTANA.

Allá en el centro de la hermosa Antilla,
Que oye bramar al golfo Mejicano,
Perla que á la corona de Castilla
Áun rinde el mundo de Colon ufano:
Allá donde es eterna
De los bosques la plácida verdura,
Y el cielo tropical su luz derrama,
En los albores de mi infancia tierna
Por la alígera fama
Llegóme un canto de inmortal dulzura,
Y despertó mi mente
La insólita armonía
Que de tus hados el rigor gemia,
Vírgen del mundo, América inocente! [1]
Cual eléctrica chispa,
Súbito entónces de entusiasmo el fuego

[1] Todos los versos que van en letra *bastardilla* son del Sr. Quintana, en las composiciones á que alude la autora de la presente.

Brotó en el alma estremecida, en tanto
Que del númen los ecos resonantes,
Con poderoso encanto
Evocaban allí triunfos brillantes
De la virtud y el genio. — Vi á *Padilla*,
Víctima ilustre de grandiosa empresa,
Su sangre sin mancilla
Vertiendo en aras de la patria opresa:
Á *Guzmán* sobrehumano,
Sordo al clamor de su paterno seno,
Lanzando al agareno
La cuchilla fatal con firme mano.
Y allá, del mar entre revueltas olas,
Cuyo bramido apaga
Del hueco bronce el retumbante trueno,
Vi aparecer luctuoso
De *Trafalgar* el memorable dia,
Que, á despecho del hado riguroso,
Dió nuevos timbres al valor hispano.
Tú eternizaste, oh noble poesía!
Los puros nombres que la parca en vano
Borró del libro de la vida frágil;
Y ante mi absorta mente
Aquel cortejo de sublimes sombras,
Que al eco de tu acento omnipotente
La helada noche del sepulcro hendian
Para aclamar las glorias españolas,
Más bellas y más grandes parecian
Ciñendo tus fulgentes aureolas.
Tal es el poderío
De tu mágia feliz. ¿Qué se le niega
Al estro creador? — *La Italia ciega*

Da á Galileo un calabozo impío,
Miéntras el globo sin cesar navega
Por el piélago inmenso del vacío;
Mas la verdad con nuevos resplandores
Brilla á tu voz, y alcanza tu elocuencia
Que nueva admiracion, nuevos loores,
Do quier conquiste la triunfante ciencia.
Así tambien con portentoso invento
Gutemberg se alza á dilatar la esfera
Del almo pensamiento,
Y la verdad, con rápida carrera,
En ecos mil por el inmenso mundo
Derrama su esplendor vivo y fecundo;
Miéntras tu acento, que el espacio hiende,
Cantando la victoria
Que tu poder extiende,
Del padre de la prensa nueva gloria
Presta al ilustre nombre,
Por la Iberia asombrada
Con majestad no usada
Difundiendo veloz: *Libre es el hombre!*
Mas ¿qué altas vibraciones
Rasgan los aires, demandando al orbe
Alabanza mayor, mayor trofeo?
Escuchad!... escuchad!... Sus graves sones
Torna á exhalar la lira de Tirteo,
Y con voz poderosa
El bardo que la agita entre sus manos,
Haciendo en torno ensordecer la sierra,
Dilata por los campos castellanos
Los ecos de la gloria y de la guerra.
Los oye el español! — Del triunfal carro

En que la Europa absorta recorria
La exicial tiranía,
Pára el empuje su teson bizarro.
Del nuevo César se desmiente el sino,
El sol de Jena y de Austerliz se empaña,
Y con brillo mayor ostenta España
Su cetro de oro y su blason divino.
De aquel lauro esplendente, oh poesía!
Tú te adornas tambien; tú despertaste
Aquel esfuerzo incontrastable y bello,
Y de la santa libertad cantaste
La nueva aurora á su primer destello.
¡Honor, gloria, ventura á los ministros
De tu culto inmortal! ¡Ellos conservan
Y avivan sin cesar el fuego santo
Del entusiasmo, engendrador de héroes!
Ellos en tonos de su augusto canto,
Que á cien generaciones electrizan,
Á la par dando la leccion y el premio,
Las virtudes que enseñan eternizan!
Pero, oh mengua! oh dolor!... — Alzarse veo
Al traves de los siglos
Al ciego ilustre que alumbró la noche
De los tiempos antiguos. Pudo Orfeo,
De su lira al sonido,
Conmoviendo los dioses infernales,
Del Orco arrebatar su bien perdido;
Y Homero con sus cantos inmortales,
Que el universo acata,
El mendigado pan arranca apénas
De cien ciudades, de su gloria llenas...
¡Baldon eterno para Grecia ingrata!

Y tú, clásica Italia! tú, fecunda
É injusta madre de preclaros genios!
Tú de Grecia tambien el baldon partes,
Aunque el brillo te inunda
Que al culto debes de las nobles artes.
¿Por qué de Ovidio la ignorada tumba
Dejaste abrir al sármata grosero,
Miéntras su nombre envanecida aclamas?
¿Por qué, miéntras retumba
Del épico clarin el son guerrero,
Que eternizó de Godofredo al bardo,
Áun muestras al viajero
El calabozo en que gimió cautivo,
Y en su temprana huesa el laurel tardo?..
Y ¿qué me dices tú, sombra ceñuda,
Que con doble corona,
De vate y adalid, te elevas muda
Ante mi mente conturbada?—Oh Dante!
¡Oh héroe del pensamiento,
Cuyo mágico aliento
Daba vida á la muerte! Tu pujante,
Profundo genio, que con alto impulso
Republicano espíritu agitaba,
De la opresion en el pesar interno
Y del largo ostracismo en los horrores
Tomó tal vez los lúgubres colores
Con que atrevido retrató el infierno.
Siempre injusticia! siempre
Siendo la gloria de infortunio prenda,
Y el genio infausto guía
Que al altar del dolor lleva en ofrenda
Las coronadas víctimas!—Camoens!...

Luis de Leon!... Cervantes!...—Tente, oh musa!
Que ya la voz rehusa
Tus timbres proclamar; mi ánima, opresa
De congojosa ira,
El canto triunfador de escuchar cesa,
Y la armónica lira,
Que heróicos hechos ensalzó valiente,
Solo me hace entender, en son doliente:
Todo á humillar la humanidad conspira.
Todo la humilla! sí!...—Pero ¿qué anuncia
El vítor popular que el aire atruena,
Y en ecos jubilosos
De Madrid por los ámbitos resuena?
¿Por qué del sol los rayos luminosos
Saluda un pueblo con alegre grito,
Y en cada frente leo
El entusiasmo generoso escrito?...
Miradlo!... Él es!... ¡El Vate soberano
De Padilla y Guzmán! ¡El gran patricio
Que, pronto siempre al noble sacrificio,
Y nunca siervo de poder tirano,
De vil lisonja y de ambicion ajeno,
Dió siempre al pueblo hispano,
Que su elevada inteligencia admira,
Modelo en su virtud, gloria en su lira!
Miradlo!... Él es!... Su nombre esclarecido
España entera aclama fervorosa,
Y una PRINCESA, cual AUGUSTA, HERMOSA,
En medio de su pueblo conmovido,
Llega á ceñir á la inspirada frente
Del Bardo nacional áurea corona,
Que la patria le ofrece reverente,

Y con la cual su ilustracion pregona.
¡Oh ilustres campeones
Del pensamiento, que en pasados siglos
Bienes sembrasteis, recogiendo afrentas!
Romped la losa de la tumba fria!
Rompedla, y ved regenerado el suelo,
Y al genio de la excelsa poesía
En campo inmenso remontar su vuelo,
Hoy, que luce en el cielo
De alta justicia el suspirado dia!

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

AL ACTO SOLEMNE

DE LA

CORONACION DEL INMORTAL QUINTANA.

Prestadme, oh Musas! vuestras ricas galas,
Dad á mi canto plácida armonía;
Y tú, feliz, que subes, alma mia,
Del entusiasmo en las etéreas alas,
Bendice enajenada un pensamiento
Que bienhechora ilustracion respira,
Y justo aplauso ríndale un momento
Mi voz al par que mi olvidada lira.
Madre del Cid hermosa,
El rugido tronó de tus leones;
Su frente, victoriosa
Alzó la libertad; los eslabones
De la férrea cadena
Que de la mente detuviera el vuelo,
Cayeron á pedazos;
Rápida huyó la destructora hiena
De la discordia; fraternales lazos
Las opuestas fracciones levantaron,
Y al pabellon del órden se agruparon.
De tu seno se alzó firme un acento
Que *progreso*, *virtud* y *union* decia,

Y de un confin al otro, raudo el viento
Union, *virtud*, *progreso* repetia.
Virtud! union! progreso!... Si tremolas,
Noble Nacion, tan ínclitas banderas,
¿Cómo podrán las huestes extranjeras
Hollar jamás las glorias españolas?
Era de bendicion!... Qué! ¿por ventura
Llegó el momento de la paz ansiada?
Sí: cual fúlgida luz en noche oscura,
Cincinato Español, tu fuerte espada
Brilla en la tempestad de las facciones;
De júbilo á su vista palpitaron
Los nobles corazones;
Un signo de esperanza
Venturosos en ella contemplaron;
A su presencia se ahuyentó el encono,
Y, áncora de segura bienandanza,
Salva otra vez la libertad y el trono.
Calmada en breve la funesta saña
Que el solio de los reyes conmoviera,
Apareciendo en los opuestos bandos
La enseña de la union, libre la mente
De los lazos infandos
Con que un poder injusto la oprimiera,
Un pensamiento elévase profundo,
Llama de ilustracion que el aire hiende
Y la adormida inteligencia enciende,
Llenando inmensa el ámbito del mundo.
«Ofrezcamos al genio, al patriotismo
Del Lírico Español, áurea corona»,
Dijo Madrid; y la Nacion entera,
Que escuchara los mágicos cantares

De su segundo Herrera;
Que fiel recuerda cuando en triste dia
Contra fieras legiones destructoras
Bélico ardor su acento le infundia,
É independiente el yugo sacudia
Del coloso y sus huestes invasoras,
El pensamiento acoge. — Reina hermosa!
Y ¿eres tú acaso quien la docta frente
Del divino Cantor, gloria de España,
Cubrirá de laurel resplandeciente,
Acreciendo los timbres nacionales
Para grato solaz en luengos males?
Sí, Segunda Isabel, tú, que dichosa,
Aplaudida de nobles corazones,
Elevarás la frente, y orgullosa
Dirás á las naciones:
«No más, no más del genio esclarecido
Será la recompensa
Morir bajo la sombra del olvido;
No más la muerte sea
El eco que difunda su alabanza:
Tan alto premio el universo vea
Que hora felice de mi mano alcanza.»
Cuando el rey de los astros resplandece
En cielo de zafir, digno homenaje
La creacion le ofrece:
La mustia yerba, el álamo frondoso,
Vivificados á la par, lo admiran;
Con rugido espantoso
Lo saluda el leon impetuoso,
Y las humildes tórtolas suspiran;
Ocultos entre flores,

Los tiernos ruiseñores
Le dirigen sus cánticos süaves,
Y hasta en los antros cantan sus loores
Roncos insectos, plañideras aves.
Así cuando se eleva
Un pensamiento grande, sol fulgente,
Que luz y vida lleva
Al espacioso campo de la mente,
El sabio lo saluda,
La multitud lo admira,
Y hasta el que humilde su ignorancia escuda
En el silencio, al esplendor divino
De aquella aparicion maravillosa,
Ansia tambien con mano temblorosa
Arrojar una flor á su camino.
Sí: yo escuché tu acento, Patria mia;
Yo lo escuché, y en vano
Justo temor mi anhelo detenia.
Temblar sentí mi mano,
Latir mi corazon... Por un momento
Mi humildad olvidé, y en mi retiro
Te bendije, sublime pensamiento.
Sí: yo salvo mil veces la distancia
Que me aleja del suelo mantüano.
¡Hora feliz, en que anhelante espera
La ilustracion rendir digno homenaje
A la virtud y al genio! Lisonjera
La ilusion á mis ojos aparece,
Mostrándome su célica ventura,
Y cálmase con ella la amargura
Que la severa realidad me ofrece.
En mis sueños dorados,

Del lento Manzanares en la orilla
Miro, España, tus hijos
Para tan grande objeto congregados.
Allí ante el solio del saber humilla
Todo un pueblo su frente: al poderío
No incienso allí la adulacion ofrece;
Que ante el noble entusiasmo desparece
De insaciable ambicion el ceño impío.
  Allí majestuosa
Del divino Cantor se alza la frente,
Pura y esplendorosa
Más que la luz febea;
La aureola del genio lo circunda,
El coro de las musas lo rodea,
Y el genio que eterniza el pensamiento
Repite sus cantares y le ofrece
En el olimpo perenal asiento.
  Áun mírase la sombra de Padilla
Á su lado vagar, cual se admirara
Cuando su voz potente despertara
Los dormidos leones de Castilla.
Áun se escucha de santa independencia
En las vibrantes cuerdas de su lira
El eco resonar, y á su presencia
Bate el pueblo las palmas y lo admira.
  Placentera ante todos se levanta
La Beldad Régia, cuyo solio escuda,
Siempre leal, el Español Guerrero;
Con celestial sonrisa se adelanta;
En su graciosa diestra
Ante la multitud que la saluda,
Una corona muestra...

Queda por un momento silencioso
El ilustrado cónclave, y admira
Con profunda emocion la augusta mano;
Mas cuando cubre el lauro esplendoroso
Las nobles canas del ilustre anciano,
Encantos mil las almas enajenan,
Huye el silencio, y raudos por los aires
Vivos aplausos repetidos suenan.
  Misterioso un acento,
Guzmán, *Pelayo*, *Gutemberg!* retumba
En la extension del viento...
— Sombras divinas! vuestra helada tumba
Un momento dejad; el orbe mire,
Al del genio inmortal que os ensalzara,
Unidos vuestros lauros rutilantes.
¿Qué importa si os separa
El tiempo volador? Breves instantes
Los siglos son para los grandes hombres;
El porvenir unidos los reclama,
Y unidos ya se miran vuestros nombres
En el glorioso templo de la fama.

ANTONIA DIAZ Y FERNANDEZ.

Sevilla, 11 de diciembre de 1854.

CON MOTIVO DE LA CORONACION

DE

D. MANUEL JOSÉ QUINTANA.

Soneto.

De patriótico amor sublime rayo
De un poeta español hiere la mente:
Canta á España, en Astúrias renaciente,
Y en su tumba conmuévese *Pelayo*.
«Toscas las flores son que vierte Mayo
(Dice un vate á Isabel) para su frente.»—
«Pues ceñidla con oro refulgente,
Y las letras alzad de su desmayo.»
Yo te saludo, egregia Soberana,
Que homenaje tributas al talento;
Y á ti tambien, dignísimo Quintana,
Aunque es débil mi voz, rudo mi acento.
¡Que esa gloria de *hoy* te sea *mañana*
Inmortal más allá del firmamento!

Puerto-Real, 10 de Marzo de 1855.

Rosa Butler.

LA CORONA DE ORO,

ODA

AL EXCMO. SR. D. MANUEL JOSÉ QUINTANA.

¿Oyes cómo te aclama reverente
El pueblo en derredor? Grata armonía
Suena do quier; en resonante coro,
Que inunda de placer el alma mia,
Te celebran los vates, y tu frente
Ornar intentan con corona de oro.
Digno eres de ella; el pueblo no se engaña
En tan grande ovacion; que tú constante
Sus fueros defendiste
Cuando á romper el yugo degradante
A sus hijos llamó la noble España;
Y ni al amago del tirano fiero
Tu corazon indómito rendiste,
Ni jamás con acento lisonjero
Endiosaste al poder. Los altos hechos
De gloria y de virtud, y los varones
De fama esclarecida,
Que al ver la patria mísera oprimida
Alzaron de Castilla los pendones,
Estos los temas fueron

De tu canto sublime. Ora en la escena
Al ínclito Pelayo retratabas,
Modelo de constancia y heroismo,
Que á la hueste agarena
Hunde con mano férrea en el abismo,
Miéntras arde en amor con llama impura
La infeliz Hormesinda,
El terror hermanando y la ternura,
Como en fiera tormenta
De borrascoso mar, á veces linda
Aparece entre nubes tronadoras
La estrella del amor. — Su gloria ostenta
En Tarifa Guzmán. Penoso duelo
Su pecho oprime; en la terrible lucha
No hay para el padre mísero consuelo.
«Ántes la patria sea,
Que del hijo el amor», el héroe clama;
Y la piedad no escucha,
Y al campo lanza del injusto moro
El acero fatal... Tente, oh verdugo!...
Mas ay! que el tierno infante al padre llama
Con moribunda voz y amargo lloro.
Canto de execracion el bardo entona;
Cubre el oprobio del infiel la tumba,
Brilla en la de Guzmán áurea corona.
En Trafalgar retumba
El pavoroso trueno
Del cañon que vomita horrenda muerte,
Y las ondas sonoras
Del mar revuelven las tajantes proras.
Al agresor britano, altivo y fuerte,
Acometen con ánimo sereno

Los hijos de la Iberia, enrojeciendo
El piélago espumoso.
Óyese de tu lira el son tremendo,
Oh gran Quintana! que mezclado sube
Con el ronco clamor de la pelea
Y el humo denso en vaporosa nube;
Y allá en el templo augusto
De la inmortalidad, do tan brillante
Lugar te espera, en letras de diamante
Un genio escribe los sentidos versos
En que el honor campea
Del rojo pabellon que al aire ondea.
Áun resuena en mi oido
Aquella voz robusta, atronadora,
Que desde la alta sierra
Lanzaba por los campos castellanos
Los ecos de la gloria y de la guerra.
Oh recuerdo! oh placer! Tu musa entónces,
Emulando á la antigua de Tirteo,
Al patriota español enardecia,
Que empuñando el acero
Para lidiar en desigual contienda,
«¡Guerra eterna, gritaba, al extranjero,
Que el suelo hispano dominar pretenda!»
En fuego sacrosanto
De libertad tu corazon ardia,
Rayos lanzaba tu grandioso canto,
Y el pueblo, entusiasmado, te aplaudia.
Qué fué negado á tu fecundo númen?
Él cantó la grandeza aterradora
Del mar inmensurable,
Siguiéndole veloz de polo á polo;

Él pintó la belleza encantadora,
La gracia deleitable
De la danza gentil... Luégo, evocando
Las sombras de los reyes
En el oscuro panteon, lamenta
Sus altos desafueros y el olvido
De las antiguas venerandas leyes.
¡Saludable leccion, terrible ejemplo,
Que en el augusto templo
El poeta fatídico presenta!
Suena despues en eco dolorido
Tu lúgubre cancion, oh gran Padilla!...
Salud, ilustres mártires! Castilla
Vuestro arrojo admiró muda y opresa;
Mas ora al son de roncos atambores
Os tributa en la huesa
Con penetrante voz justos loores.
Célebre Gutemberg! El Vate hispano
Da nuevo lustre á tu glorioso nombre,
Y al ensalzar tu prodigioso invento,
Muestra cómo su influjo sobrehumano
Ahuyentó al tenebroso fanatismo,
Dió vida y libertad al pensamiento
Y el solio hizo temblar del despotismo.
¡Gloria á tí, Vate ilustre, á quien el cielo
Destinó tantos dones!
Tú, cual antorcha, en el hispano suelo
Brillas con luz espléndida, enseñando
En sublimes lecciones
Á la estudiosa juventud. Profundo
Historiador y crítico eminente,
Modelo de amistad, ¡qué dulces horas,

Tu saber admirando,
Cerca de ti gocé! Tambien un dia
Me lamenté contigo amargamente,
Cuando el bando opresor nos perseguia,
Cuando el pueblo español con honda pena
Arrastraba la bárbara cadena.
Hoy gozas en reposo
De tus virtudes y afanosa vida
El justo galardon; hoy se adelanta
De la posteridad el fallo honroso,
Que te da la corona merecida.
Honor al siglo de cultura tanta!

Madrid, 28 de setiembre de 1854.

EUGENIO DE TAPIA.

A Quintana.

Fué un dia para mí grande y fecundo
Aquel en que, cruzando la irritada
Inmensidad del piélago profundo,
A la *vírgen del mundo*
Contemplé con atónita mirada.
Alegre sonreia
Bajo su cielo espléndido y sereno,
Y sus curvas riberas me tendia,
Cual si piadosa á la tristeza mia,
Paz me brindara en su caliente seno.
Crucé bosques allí, selvas frondosas,
Risueñas playas de tostada arena,
Ciudades populosas;
Y donde quiera que se agita el hombre,
Allí, oh Quintana! sin cesar resuena
Respetado tu nombre.
Así tambien la tierra venturosa,
Donde la cuna se meció de Herrera
Y la del dulce y tierno Garcilaso,
Le admira y le venera.
Así tambien la patria voluptuosa
Del Petrarca y del Tasso;
Y Albion, de tu virtud noble testigo,
Con entusiasta aclamacion te nombra

Digno cantor de la *terrible sombra*
Del héroe que admiraste, aunque enemigo.
¡Privilegio dichoso,
Que ni áun la ciega envidia te disputa!
Holocausto amoroso,
Que el mundo al fin tributa
Á todo lo que es grande y generoso!
Oh! siempre y donde quiera,
Rindiendo culto á la verdad severa
En el eterno libro de su historia,
La calumniada humanidad venera
Cuanto merece admiracion y gloria.
No siempre ciega, impía,
De sus altares la virtud excluye,
Ni siempre la poesía
Su gala y su armonía
En groseros cantares prostituye.
Tú, venerable anciano,
Altos ejemplos que imitar nos diste;
Tú la robusta mano
Á toda noble aspiracion tendiste.
Dejando á la importuna
Adulacion medrar en su impudencia,
Tú celebraste con mejor fortuna
La *imprenta*, la *vacuna*,
El patrio amor, la santa independencia.
Por eso, al par que tu virtud pregona
Y tu elevado espíritu, ferviente,
Gozosa juventud, te galardona,
Colocando en tu frente
Esa que ciñes, inmortal corona.

ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ.

Á QUINTANA.

-oo-

Y si quereis que el universo os crea
Dignos del lauro en que ceñís la frente,
Que vuestro canto enérgico y valiente
Digno tambien del universo sea.

Quién se atreve á cantar? ¿Quién no suspira,
Ó con desmayo congojoso alienta,
Al oir esos ecos de la lira
Del cantor de la mar y de la imprenta?
¿Dónde hallará mi arrebatada mente,
Por más que alzarse hasta los cielos crea,
Ese canto que enérgico y valiente
Digno, oh Quintana! de tu gloria sea?
Dónde?.. En mi corazon; que si no envia
Hasta tus plantas del talento el fruto,
Humilde llevará del alma mia
En lágrimas y amor tierno tributo.
Te contaré el afan con que buscaba
Tus altos versos cuando yo era niño,
Y cómo en mi memoria los guardaba,
Y repetia con filial cariño.

Que en los recuerdos de la patria mia,
Donde gocé mis infantiles horas,
Juntos van de tus cantos la armonía
Y el rumor de sus palmas cimbradoras.
Y esos recuerdos de mi mente inquieta
Despertarán tal vez en tu memoria,
Á la par de tus glorias de poeta,
Del corazon la cariñosa historia.
Y te diré que cuando el tierno bozo
Mis juveniles labios sombreaba,
Tu ilustre nombre, en férvido alborozo,
Descubriendo mi frente, saludaba.
Y hoy, hombre ya, si tu cantar valiente
Del arpa de oro acompañado vibra,
Estremecido el corazon, le siente
En su más honda y encubierta fibra.
Sí: cuando á España con brioso acento
Pintas al despertar de su desmayo,
Mi español corazon late violento,
Contemplando las cruces de Pelayo.
Y si me llevas á la mar rugiente
Que la muralla gaditana azota,
Tu santa indignacion me agita ardiente
De Trafalgar en la gloriosa rota.
Y por oirte con sosiego, en vano
Las fuerzas todas de mi mente empleo,
Si diriges tu voz al Oceano
Ó al recuerdo inmortal de Galileo.
Cuando me muestras la española gente,
De fe y de brio y de entusiasmo llena,
Con sus bisoñas armas, frente á frente,
Segar los lauros de Marengo y Jena,

De noble ardor inúndase mi alma,
Y se oscurecen á tu voz divina
De Maraton la ensangrentada palma
Y el glorioso laurel de Salamina.
Y si cantas acaso á la hermosura,
Responden á tu gozo ó tus enojos,
Mi alma con gemidos de ternura,
Con cariñosas lágrimas mis ojos.
No tengo más que darte : en vano lucho.
Yo quisiera al cantar ser el primero ;
No lo alcanzo á lograr ; callo y escucho,
Y abro á tu voz mi corazon entero.
Hoy dos coronas en tu sien hermanas,
Que aquí te ciñe el español decoro:
Sobre la santa de tus nobles canas,
La merecida de laurel de oro.
Y ese laurel, que tu talento arranca
De un pueblo entero á la emocion profunda,
Á colocarle en tu cabeza blanca
Las manos vienen de Isabel Segunda.
Que ese honor tu discípula reclama,
Representante digna en su grandeza,
Como española y como Reina y dama,
Del pueblo y del poder y la belleza.
Y la alta gloria que su luz destella
Viene á alumbrar en tan solemne caso,
De San Fernando la corona en ella,
En ti la ilustre de Maron y el Tasso.
Triunfo mayor acaso no admiraron
Que el que hoy se ostenta ante el hispano solio,
Ni más digno quizá le contemplaron,
Las bóvedas del alto Capitolio.

Ea, Vates de España! abridle paso
Al noble afan que reprimido suena,
Y las arpas herid de Garcilaso,
De Leon, de Rioja y de Balbuena!
Y vea el mundo, de respeto lleno,
Que aquí se elevan á la par brillantes,
Junto á la lanza de Guzmán el Bueno,
Los frondosos laureles de Cervantes.
Yo callaré cuando los aires rompa
El canto audaz al remontarse al cielo,
Y entre el estruendo de la augusta pompa
En mi humildad me quedará un consuelo:
Que ante esa gloria poderosa y alta,
Que hoy nuevos brios y esplendores cobra,
Si digna voz para cantar me falta,
Para admirarla, corazon me sobra.

Madrid, marzo, 1855.

JULIAN ROMEA.

Á QUINTANA,

EN SU CORONACION.

«Y qué! ¿no habrá para el cantor cubano
Ni un solo asiento en el festin glorioso
Que el pueblo castellano
Ofrece al noble y virtüoso anciano,
Cuyo ingenio fecundo
Con poderoso anhelo
Luchó contra los déspotas del mundo,
Y levantó la humanidad al cielo?
» Sí le habrá, vive Dios! que entre los buenos
Y esforzados varones
Nunca se tuvo, por humilde, á ménos
La ofrenda de los buenos corazones.»
Tal exclamaba yo, cuando la frente,
De rayos inmortales coronada,
Alzando fuera, el regio Manzanares
De esta manera habló:
«No al impaciente
Labio permitas, ay! la ocasionada
Incertidumbre. Nunca mis hogares
Ni á la extranjera fe el hospitalario
Techo negaron, ni del templo augusto
Las puertas del santuario
Cerradas fueron á la voz del justo.»

»Al humo de mis fiestas castellanas
Se alegraban mis hijos, los mejores
De las altivas huestes colombianas,
Y aquellos que, en el Asia vencedores
Y en los campos del África abrasada,
Por ambos hemisferios
Propagaron la gloria inmaculada
Que encerraban los ínclitos imperios
Del castellano leon. El europeo,
El tostado africano
Y el indio americano
Mis hijos son, y en mis tranquilos lares
De todos son mis fiestas populares.»
»Espacio tienes : las alegres tiendas
A levantarse van, y tus cantares
Dignos y justos son; que las ofrendas
De los hijos del sol al predilecto
Hijo de mis amores
Más gratas son que á las tempranas flores
Las fecundantes lluvias del rocío.
Canta, y adios.» El coronado rio
Dijo; y volviendo la tranquila frente,
Hundióse en el caudal de su corriente.
Y ¿cómo no cantar, Ilustre Anciano,
Cuando en la gloria que en tu frente brilla,
No solo brotan lauros de Castilla,
Sino palmas del suelo americano?
Oh! tú no sabes cuánto de cariño
Y de sagrada admiracion inspiras
Al hijo de los índicos palmares.
Yo lo recuerdo aún : desde muy niño
Sentí, al compas de las cubanas liras,

Tu nombre repetir; y tus virtudes,
Del labio maternal las aprendia.
Vírgen del mundo, América inocente!
Por todas partes sin cesar oia:
Libre es el hombre! el eco repetia;
Y alzando alegre la orgullosa frente,
El mundo de Colon grabó en su historia
Con letras de oro tu brillante gloria.
Tal desde entonce encadenaste el labio
De la ignorancia insana,
Y así borraste el infundado agravio
Que alimentaba la familia indiana.
Mas ¿qué no es dado á la virtud sublime
Que á la sentida humanidad se ofrece
Contra el error que sin cesar la oprime?
¿Qué no es dado al varon que se engrandece
Combatiendo el poder de los tiranos,
Y á quien, para alcanzar alto renombre,
Se consagra al amor de los humanos
Y á mejorar la condicion del hombre?
Oh! todo, todo á tu excelencia suma
Lo concedió la excelsa Omnipotencia,
Y nada tiene que añadir la pluma
Al poder de tu clara inteligencia.
Mas si le faltan lenguas á la fama
Para cantar tu inmarcesible gloria,
Sóbranle amor á la familia humana
Y altares que erigirte en su memoria.

Francisco Orgáz.

AL PATRIARCA DE NUESTRA LITERATURA.

¡Númen eterno, que en las cuerdas de oro
De la lira inmortal de Garcilaso
Vibraste con tiernísima armonía!
Si te mueve el afan con que te imploro,
Si ves la emulacion en que me abraso,
Dame un destello de tu viva lumbre,
Y en son divino pulsaré la mia.
Inspírame la idea
Que con sonoro verso se engalana,
Cuando ensalzar á la virtud desea.
Ven: ya brilla en la frente de Quintana
De délfico laurel áurea corona,
Que la patria le rinde por tributo;
Ya la Augusta Isabel, la Real Matrona,
Causando al alma sensacion profunda,
Con el lauro inmortal orna la frente
Del Tirteo español.— Rompa elocuente,
Rompa, envuelta en el gozo que me inunda,
El silencio mi voz: accion tan bella
Triunfe por siempre del ingrato olvido;
Que si él la libertad cantó atrevido,
Tambien la libertad nació con ella.

Oh genio soberano!
Á tu insólito triunfo miro alzarse
De Calderon la gigantesca sombra,
Y en tu justa ovacion regocijarse.
Oigo á la muchedumbre, que te nombra
Con respeto y amor; veo á los sabios
Ante tu genio y tu virtud postrarse;
Escucho las palabras que á sus labios
Arranca tu grandeza, y me pregunto,
De admiracion pasmado:
«¿Será Quintana un dios, que así reune
De tantas perfecciones el conjunto,
Siendo de ciencia y de virtud dechado?»
El poeta es un dios, cuando su acento
Las tempestades del dolor serena;
El poeta es un dios, cuando su aliento
El mundo abarca y el espacio llena;
Cuando con generoso pensamiento
Derrama el bien, y contra el vicio truena;
Cuando en cantos de gloria eterno vive,
Y cual Dios obra y como Dios concibe.
Gigante de la musa castellana!
Dos siglos se disputan tu renombre,
Porque tú les mostraste, gran Quintana,
Que obrando bien se diviniza el hombre.
Todo á la humanidad te consagraste;
Y tu robusto canto,
Reflejo del honor que le inspiraba,
Fué siempre de los déspotas espanto.
Hoy esa juventud, que el aura aspira
De libertad, conserva en su memoria
Los poderosos ecos de tu lira;

Sabe tambien la dolorosa historia
De genios como tú, que sucumbieron
Por la glacial indiferencia heridos;
Siente un remordimiento que la mata,
Y al ver que tu existencia se derrumba,
No quiere que desciendas á la tumba
Tachándola de ingrata.
Sí: tú vives, Quintana; tú la miras
Cercarte con afan, volverte entero
El noble afecto que de ti recibe,
Y la posteridad adelantarte.
Su redencion empieza;
Y en premio á tu virtud y tu constancia,
No pretende brindarte
La herencia que sus padres la legaron
Del ciego fanatismo y la ignorancia.
Oh! cuando exhales la preciosa vida,
Que prolongar un siglo al cielo plegue,
Y el alma, de tu cuerpo desprendida,
El éter cruce y hasta el cielo llegue,
Aplaca de Cervantes los enojos:
Dile que en ti le amamos;
Y si áun ingratos con dolor nos llama,
Cuéntale lo que has visto con tus ojos,
Muéstrale la corona que te damos.
Mas en tanto, mecido entre laureles,
Deslícese tu vida
Serena y bonancible:
La humanidad te queda agradecida.
Como prenda de amor y de ternura,
Viéndote de la vida en el ocaso,
La corona del genio te adelanta;

Y alzándote un altar en su memoria,
Tu triunfo aplaude y tus virtudes canta.
  Perdona, Genio augusto, si mi acento
Osó narrar de tu brillante historia
La página mas bella.
Ay! si no alcanzo á celebrar tu gloria,
Seré feliz con deleitarme en ella.

Madrid, 15 de marzo de 1855.

JUAN DE LA ROSA.

Á QUINTANA.

Allá en la edad florida
De mi niñez serena,
Cuando las dulces horas de mi vida
Resbalaban en calma,
Y no ahuyentaba la ambicion ardiente
Las doradas imágenes del alma;
Mi buen padre, en aquella
Tierna y dichosa edad, me referia
La página más bella
Que hay en la historia de la patria mia.
Contóme cómo un dia
De eterno luto y duelo,
Vino desde las márgenes del Sena
Á posarse orgullosa en nuestro suelo
La águila altiva de Austerliz y Jena;
Cómo, en ardiente cólera encendido
El pueblo castellano,
Combatió contra el genio y la fortuna;
Y al escuchar tan peregrina historia,
Bendije á Dios, que colocó mi cuna
En donde crece el lauro de la gloria.

Pobre niño inocente,
«¿Quién, pregunté á mi padre, animar pudo
Vuestro brazo nervudo?
¿Qué genio prepotente
Despertó vuestro espíritu valiente?
¿Qué voz agitadora y soberana
Mantuvo en vuestros pechos la energía?»
Y mi padre llorando me decia:
«La voz del gran Quintana!
España en ese acento
Palpitaba y gemia;
Él era la expresion del pensamiento
De la nacion ibera,
El eco fiel de nuestras glorias era.»

. . . . . .

Desde entónces te amé; y este cariño
No huyó como las blandas ilusiones
Que halagan siempre el corazon del niño.
Por eso hoy que en tu frente
Brilla el lauro inmortal, genio profundo,
Paréceme que veo
Coronado el esfuerzo giganteo
Con que el pueblo español asombró al mundo.

Gaspar Nuñez de Arce.

AL DIGNO CANTOR DE LA GLORIA NACIONAL,

D. MANUEL JOSÉ QUINTANA.

Soneto.

Alza su voz la gratitud hispana;
Desciende raudo el Númen de la gloria,
Y el digno lauro que pidió á la historia
Grato ciñe á tu sien, feliz QUINTANA!
Hoy, cual un tiempo, vibra soberana
Tu voz, robusto canto de victoria,
¡Heraldo del honor, cuya memoria
Diviniza á la musa castellana!
De audaz inspiracion el fuego excitan
Las flores que brotaron á tu paso;
«Gloria al genio español!» cien pueblos gritan
En cuanto alumbra el sol, de oriente á ocaso;
Y estremecidas de placer se agitan
Las sombras de Rïoja y Garcilaso.

MANUEL MARÍA FLAMANT.

Al inmortal Quintana.

El talento conquista la fortuna;
Mas no hay poder que á la virtud se iguale:
Si á la virtud la ciencia no se aduna,
Poco la ciencia de los hombres vale.
¿No es la virtud, aunque severa, hermosa,
Angélica deidad, que al mundo envia
Luz y consuelo en dádiva amorosa?
El corazon humano
Nacido es para el bien: si se extravia,
Si en el placer hundido,
Con ímpetu liviano
Se arrastra por el lodo... ah! ¿cuántas veces
No torna arrepentido
Á aquel innato sentimiento oculto,
Que ama lo bello y que la dicha ansía,
Rindiendo á la virtud férvido culto!
No de otra suerte la española historia
Explicará mañana
A las generaciones venideras
Tu sin igual coronacion, Quintana!
Con lágrimas sinceras

Al ensalzar tu gloria,
Un pensamiento á nuestra patria mueve,
De orgullo nacional, alto, sublime,
Que su pasada ingratitud redime.
Tanto corrió con eco lisonjero
De tus virtudes cívicas la fama,
Que el universo entero
Su bienhechor te llama.
Espíritu de un Dios que al mundo asombra,
Que las almas purísimas conmueve,
Á tu aspecto sagrado
Estremecida de placer, te nombra
La juventud del siglo diez y nueve
Númen de bendicion, padre adorado!
Porque al mirarte, tu honradez concibe;
Porque al leerte, te levanta un templo;
Porque al oirte, tu bondad recibe:
Y así á la sombra de tu ciencia vive,
Y así se afana por seguir tu ejemplo.
Hondas miradas clavan en tu huella
Las naciones confusas;
Que tu mision ha sido la más bella
Del noble sacerdocio de las musas.
Opresa tu nacion, tú la alentabas:
Gimió la libertad, y tú gemias;
Siempre fué grande tu leal deseo!
Tú la muerte de Sócrates buscabas,
Tú la lira pulsaste de Tirteo,
Tú el aliento de Arístides sentias.
Las ninfas del Parnaso
Con dulces himnos, en que amor sustentan,
De tu preciosa vida en el ocaso,

La pavorosa soledad ahuyentan.
Hoy te sonríe una feliz Matrona,
En cuyas sienes brilla
La envidiada corona
De Leon y Castilla.
De próceres cercada,
Y al avanzar con paso reverente,
En ti posa dulcísima mirada.
Presa tú entónces de emocion ardiente,
Mal conteniendo el líquido tesoro
Que tu caliente párpado escondia,
Recibes de sus manos en tu frente
Esa corona laureada de oro,
Que tu modesta frente merecia.
  Rompa en torrentes de armonía, rompa
La música acordada con el canto,
Enalteciendo tan solemne pompa;
Y entre aplausos triunfales
Huya el mortal quebranto,
Nuncio terrible de seguros males;
Ufano vuele el pensamiento libre,
Cunda el contento, el entusiasmo cunda,
Y no haya voz que á la explosion no vibre
Del gozo inmenso que mi ser inunda.
  En medio del espacio
El águila del tiempo, voladora,
Por mirar espectáculo tan bello
Cruza la leve atmósfera despacio;
Cierne el ala sonora;
De su pupila lanza
Un mágico destello
Que lo pasado á iluminar alcanza;

Y aunque de muerte la señal va dando,
Y nuestra vida, por fugaz, desprecia,
Extática se queda, recordando
Los envidiables siglos de la Grecia.
Aquellos siglos, inmortal Quintana,
En que los hombres, á su orígen fieles,
Divinizaban á la especie humana,
Legando al mundo inmarcesibles nombres
Al premiar con magníficos laureles
El genio y las virtudes de los hombres.

Manuel de Llano y Pérsi.

EL POETA.

ODA.

Tendió el Señor por el ligero viento
El raudo vuelo cual veloz cometa,
Y al ver el mundo, con augusto acento
Dijo : *Incompleto aún está el portento.*
Y al resonar la voz, se alzó el Poeta.
Se alzó, de una aureola coronado,
Porque brotaba de la luz divina;
Bendijo á Dios y le adoró postrado,
Y cantó con acento entusiasmado
Cuanto su celestial poder domina.
Hijo de Dios, se embrïagó en su aliento;
Arcángel de la luz, brilló radiante;
Le dió su voz el sonoroso viento,
El leon altanero su ardimiento
Y el águila real brio pujante.
Sus ojos los espacios dominaron ;
Las alas desplegó, y se alzó á la cumbre;
Cantó, y sus regios cánticos vibraron
Desde el mar que los polos congelaron
Hasta el cénit que hierve en roja lumbre.

¡Oh soberano acento del Poeta,
Mente inmortal, esencia creadora!
Á tu imperio magnífico sujeta
Está la luz del límpido planeta
Y la serena lumbre de la aurora.
Y tu glorioso espíritu agitado
Abarca el mundo, que incesante gira,
Y cual en prisma fúlgido encantado,
Se refleja su curso arrebatado
En el radiante foco de tu lira.
De los nacientes pueblos en la aurora
Cantas el porvenir con voz sublime,
Y en su cénit, tu lira ondisonora
Sus triunfos enaltece vencedora,
Y temerosa, en su occidente gime.
Y en las tormentas de la edad presente
Tu voz, cual rayo fulminante, abrasa;
Que al estallar tu acento omnipotente
De las pasiones el voraz torrente
Sus encendidos límites traspasa.
Mas ay! la inspiracion fascinadora
Que inmortaliza tu glorioso nombre,
Con su incesante actividad devora
Tu rápida existencia creadora,
Y al genio ensalza aniquilando al hombre.
Que un mundo en torbellino tumultuoso
Tu inteligencia poderosa encierra,
Do chocan con estruendo fragoroso
Las pasiones sin tregua ni reposo
Y en implacable y espantosa guerra.
Y es tu indomable corazon hirviente
Mar proceloso que iracundo ruge,

Y las airadas olas de tu mente
Del pensamiento á la region ardiente
Raudas se arrojan con violento empuje.
  Los ojos abres, y la tierra umbría
Á su divino fuego reverbera;
El polvo tocas, y esplendor envia;
Hablas, y se derrama la armonía
Cual sonoro torrente por la esfera.
  Te admira el orbe en su entusiasmo ardiente,
Los pueblos divinizan tu memoria,
Y al eco de tu cántico ferviente
La eternidad corona tu alta frente
Con sublimes relámpagos de gloria.

Salamanca, 12 de Marzo de 1855.

MANUEL VILLAR Y MACÍAS.

Á QUINTANA.

—oo—

Sacerdotes del dios de la armonía,
Templad la lira de marfil y de oro,
Y levantad un cántico sonoro
Que repita al siguiente cada dia.
Sepa el mundo que un nuevo Capitolio
España tiene ya para sus Dantes;
Sépase que la patria de Cervantes
Al genio y la virtud levanta un solio.
Esa augusta corona, más hermosa
Que la que la fortuna da á los reyes,
Y que en el sacro templo de las leyes
Ofrece al genio España generosa;
Ese, de gratitud noble trofeo,
En que al genio su patria agradecida
La palma de Plutarco da, tejida
Con los áureos laureles de Tirteo,
Adornará de España los blasones,
Deslucidos en duelos tan prolijos,
Porque es la gratitud para sus hijos
La primera virtud de las naciones.

Sacerdotes del dios de la armonía,
Seguid la senda que marcó ese anciano,
Entre dos siglos faro soberano,
Que á la inmortalidad seguro guia.

Y si quereis que el universo os crea
Dignos del lauro en que ceñis la frente,
Que vuestro verso enérgico y valiente
Digno tambien del universo sea.

CÁRLOS RUBIO.

CANTATA

PARA EL ACTO DE LA CORONACION.

—co—

CORO DE HOMBRES Y MUJERES.

Nobles vates, inspirados
Por el genio de la gloria,
Celebrando la victoria,
Vuestro canto levantad;
Que la patria al fin os dice
Con enérgica elocuencia :
«Alcanzó la inteligencia
Galardon y libertad.»

HOMBRES.

De gozo en este dia
El alma se dilata;
Al fin la patria mia
Cesó de ser ingrata;
Cuando su gloria cantes
En la eternal mansion,
Mitiga de Cervantes
La justa indignacion.

CORO.

Nobles vates, inspirados
Por el genio de la gloria,
Celebrando la victoria,
Vuestro canto levantad;
Que la patria al fin os dice
Con enérgica elocuencia:
«Alcanzó la inteligencia
Galardon y libertad.»

MUJERES.

Lloraste la amargura
De la que nace hermosa;
Corone la hermosura
Tu frente luminosa.
Jamás del genio ardiente
Muriera el esplendor
Si el genio solamente
Rindiera nuestro amor.

CORO.

Nobles vates, inspirados
Por el genio de la gloria,
Celebrando la victoria,
Vuestro canto levantad;
Que la patria al fin os dice
Con enérgica elocuencia:
«Alcanzó la inteligencia
Galardon y libertad.»

ADELARDO LOPEZ DE AYALA.

ANTON BERRÍO,

POETA DE LA CORTE DE JUAN II DE CASTILLA,

AL MUY EXCELENTE SCRIPTOR

D. MANUEL JOSEF QUINTANA.

Onorate l'altissimo poeta.

Señor, mucho amado, mio :
Dé convusco en hora buena
La trova que vos envío
Yo el coplero Anton Berrío,
Compadre de Joan Baena.

Del vueso coronamiento
Fízosenos relacion,
É saltamos de contento
Nos, é fasta el fundamiento
D'aquesta elísia region.

É segund prístina usanza,
Solenidad fué dispuesta
Súbito en vuesa alabanza,
É tócame aquí en la danza
Ser el yoglar de la fiesta.

Cierto cuento asaz galano
Romanzar por ende quiero,
D'un pastorcico insulano
É un sculpidor palanciano,
Muy sotil imaginero.

El pastor Andres Llorente,
Que es subjeto de la frasi,
Vivia entre pobre gente
En la Ínsula Escura, casi
Fuera del mundo yaciente.

Los insulanos Escuros
Alzaron una capiella
De flacos é homildes muros,
Do plañir en sus apuros
Á la Madre sin manciella.

Un bulto labrarse hía
De Doña Vírgen María:
Non hí habiendo entallador,
Juró que el bulto faría
Nueso Llorente el pastor.

Omne era d'engeño noto;
Mas nunca estrumentos viera
Del arte cinceladera,
É con un cuchillo boto
Decentaba la madera.

Fué asín, que el tallado leño
Tosquilla sacó la faz
Del santo, fermoso Dueño;
Mas tod'el vulgo insuleño
Contentóse dél asaz.

É vedes, por aventura,
Que aporta en la Ínsula Escura
Bajel que aventó é lievol
Fasta allí tormenta dura,
De tierras de claro sol.

En la nao derrotada
Un entallador veníe
De maestría muy sonada,
É una imágen hí traíe
De la sola Inmaculada.

Pasmóse cada insular,
É la efigie, decernieron
Ser maravilla sin par,
Fuéras ende que quisieron
Ver al maestro labrar.

Él sacó formon é gubia
É lima de recorrer
Fasta el hoyuelo postrer,
Pintura azul, blanca é rubia,
É todo su menester.

É trasteando con ello,
É dejando á todos vello,
Dijo el maese á la fin:
«Con aquesto faz aquello
Quien sabe facerlo asín.»

Un lenguaraz le arguyó
(Ca de malandrines tales
Nadie en la vida escapó):
«Con estrumentos iguales
Ficiera otro tanto yo.»

«Non ficieras mal tu grado,
Respuso el pastor honrado,
É nada tu dicho val:
Con fierro bien aguzado,
Mano torpe labra mal.»

«Yo adelgacé cuanto pud;
Mas mi obra non es de prez;
De la d'este no hay quien dud:
Fuera pues ingratitud
Non le dar lo que meréz.»

«Con rico lauro de honor
Premien al entallador,
É digan los sabidores:
«Si este usó medios mejores,
Fizo tambien lo mejor.»

Tal ha judgado de tí,
Perínclito, buen Quintana,
La poetal familia hispana,
Que leda conmora aquí,
Libre d'aficion mundana.

Hobo ántes del tu nascer
Poetas de grand valer;
Mas poco antaño prestaba
Lengua que balbuceaba
É pequeñuelo saber.

Fabla é dotrina mejor
Áun, en edad posterior,
Alzó más la poetría;
Fincaba empero vacía
La siella de más altor.

Tú fuiste á sazon venido
Para ser enaltecido
Rey del castellano metro:
Mil corrieran tras tu cetro;
Él s'es á tus manos ido.

Ca tú, superno Cantor,
Sublimaste cual ningun
Virtud é sciencia é valor,
É tierno gemiste aún
Trances de mortal dolor.

Tú al toledano Moises,
Tú al español Abrahan,
Tú al campeon burgales
Luz diste con que despues
Fulgir eternales han;

Tú al que en Villalar cayera,
Suerte derrocando fiera
Su generoso pendon,
Trocaste en laude honradera
El malsinante padron.

Tú el mar pintaste furente,
Tú la blanda fermosura;
Grande tu cor é tu mente,
Loaste cuanto ha excelente
El omne é l'alma Natura.

Noblescidos en tus cantos
Grandes fechos é quebrantos,
El feliz é non feliz,
De las coronas de tantos
Una para ti se fiz.

Luengos años de alegranza
Goces esa bienandanza
Que al tu mérito convien,
É troven en tu membranza
Omnes, é damas tambien.

Vítores de alegre afan
Te envian de nueso albergue
Pelayo, el Cid é Guzmán,
É con Lauria é Gutembergue
El Privado de don Joan.

É tod'un pueblo en tropel,
De Pirene á Lusitaña,
Glorifique ese laurel
Que te da en nombre d'España
La magnánima Isabel.

Juan Eugenio Hartzenbusch.

Programa.

La Coronacion se celebrará el domingo próximo, 25 del corriente, en el Palacio del Senado.

No ofreciendo el salon del Senado, en sus diferentes localidades, un número tan crecido de asientos como hubiera deseado la Comision que entiende en esta solemnidad, la entrada será por billetes de invitacion, parte de los cuales sirven indistintamente para caballero ó señora.

Desde las doce del dia 25 se franquearán las puertas del Senado á las personas invitadas.

Honrarán con su presencia el acto de la Coronacion SS. MM. y AA., el Consejo de Ministros, las Autoridades de Madrid, el Cuerpo diplomático extranjero y todos los suscritores para la corona de oro, á quienes se haya podido expedir billete. Están igualmente invitados á concurrir en representacion, por medio de Comisiones ó Comisionados, el Congreso y los Tribunales, la Milicia Nacional y el Ejército, la Diputacion Provincial y la permanente de la Grandeza, las Universidades del Reino, Academias, Museos, y otros establecimientos científicos, literarios ó artísticos de la Capital, las Órdenes, las Redacciones de los periódicos, los Teatros, etc., etc.

Reunidos á la una de la tarde en la habitacion del Excmo. Sr. D. Manuel José Quintana, los Excmos. Sres. Presidente del Congreso, Alcalde constitucional de Madrid y Director de la Real Academia Española, ocuparán con el Sr. Quintana un coche de S. M., y se encaminarán al Palacio del Senado, precedidos de los carruajes en que irá distribuida la Comision.

La comitiva se dirigirá por la calle de Esparteros y la Mayor, plazuela de Herradores, calle de las Fuentes, plaza de Isabel II, calle de la Biblioteca, de San Quintin y de Bailén, al Palacio del Senado.

S. M. la Reina (Q. D. G.) se ha servido señalar la hora de las dos de la tarde para trasladarse, con su Augusto Esposo, al salon de la ceremonia.

SS. MM. saldrán de su Real Palacio por la plaza de Armas, pasando por la de Oriente y calle de Bailén al Senado.

Recibidos SS. MM. con los honores correspondientes, se presentará en el salon el Señor Quintana, acompañándole las personas arriba enunciadas y la Comision.

Obtenida la vénia de S. M. la Reina, D. Pedro Calvo Asensio, individuo de la Comision, leerá un breve discurso, en que hará el debido elogio del poeta laureando.

Terminada la lectura, D. Juan Eugenio Hartzenbusch, presidente de la Comision, entregará el laurel de oro al Excmo. Sr. Duque de la Victoria, quien lo pondrá en las augustas manos de S. M. la Reina.

S. M. ceñirá con el laurel de oro las sienes del insigne poeta.

Un himno de triunfo, letra del Sr. Ayala y música del Sr. Arrieta, resonará inmediatamente, llenando con sus armónicas vibraciones el ámbito del majestuoso salon.

Cantado el himno, la Excma. Sra. D.ª Gertrudis Gomez de Avellaneda leerá una oda, que ha escrito al intento, intercalando en ella versos del autor laureado.

Leida la composicion por la poetisa, SS. MM. y AA., acompañados de su Consejo de Ministros, del Cuerpo diplomático, las Autoridades y la Comision, se retirarán á la sala donde se ha de servir el buffet, dispuesto por los Excmos. Sres. Conservadores del Senado.

En tanto se entregará á cada uno de los concurrentes un cuaderno impreso por la Comision, en el cual se comprende una extensa noticia de los antecedentes de la Coronacion, el discurso del Sr. Calvo Asensio, lo oda de la Sra. Avellaneda y otras composiciones de las Sras. D.ª Antonia Diaz y D.ª Rosa Butler, y los Sres. D. Eugenio de Tapia, D. Antonio García Gutierrez, D. Julian Romea, D. Juan de la Rosa, D. Francisco Orgáz, D. Manuel de Llano y Persi, D. Manuel María Flamant, D. Manuel Villar y Macías, Don Gaspar Nuñez de Arce, D. Cárlos Rubio, D. Adelardo Lopez de Ayala y D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

Restituidos SS. MM. al Real Palacio, el Sr. Quintana volverá á su casa acompañado en la misma forma que á la venida, y por la misma carrera. Delante de su coche irá, en una carretela abierta, la corona de oro, colocada, de manera visible, en una magnífica bandeja de plata, don de S. M. la Reina.

Se extenderá acta de la Coronacion, que se presentará á SS. MM. para que se dignen señalarla de su Real mano, llevando asimismo las firmas de los Sres. Ministros y Autoridades. Este documento se depositará en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.

Madrid, 19 de marzo de 1855.

APÉNDICE

Á LOS DATOS PARA LA HISTORIA.

Hé aquí las inscripciones que ostenta la corona de oro ceñida por Isabel II, en nombre del pueblo español, al poeta de la libertad y de la patria:

AL GRAN QUINTANA,
LA PRENSA PERIÓDICA,
LOS AMANTES DE LAS GLORIAS DE ESPAÑA,
LA NACION ENTERA.
1855.

La inscripcion de la bandeja regalada por S. M. es como sigue :

ISABEL II
Á SU MUY QUERIDO AYO Y MAESTRO
QUINTANA.

El dia 20 de Marzo se dió cuenta á la Asamblea de la proposicion presentada por los Sres. Montesinos, Fernandez de los Rios, Cánovas, Rancés, Carballo, Chao y Montemar, proposicion á que se hace referencia en los *Datos para la historia.* Fué aprobada por unanimidad.

La sociedad literaria que bajo la direccion del jóven D. José Marco publica el periódico *La España musical*, concibió tambien el honrosísimo pensamiento de consagrar una *corona poética* al triunfo de

D. Manuel José Quintana. Los periodistas que han llevado á feliz cabo la Coronacion no pueden menos de dar aquí un solemne testimonio de aprecio al Sr. Marco, que ha costeado este notable libro, estimulando al par á nuestros jóvenes poetas.

Igualmente se han hecho en las provincias mas importantes de España demostraciones muy gloriosas para el laureando, asociándose con sus fervientes votos á esta solemnidad nacional la ilustrada juventud.

487627

LS
Q78
.Yc

Quintana, Manuel José

Coronacion del eminente poeta D.Manuel José Quintana.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET